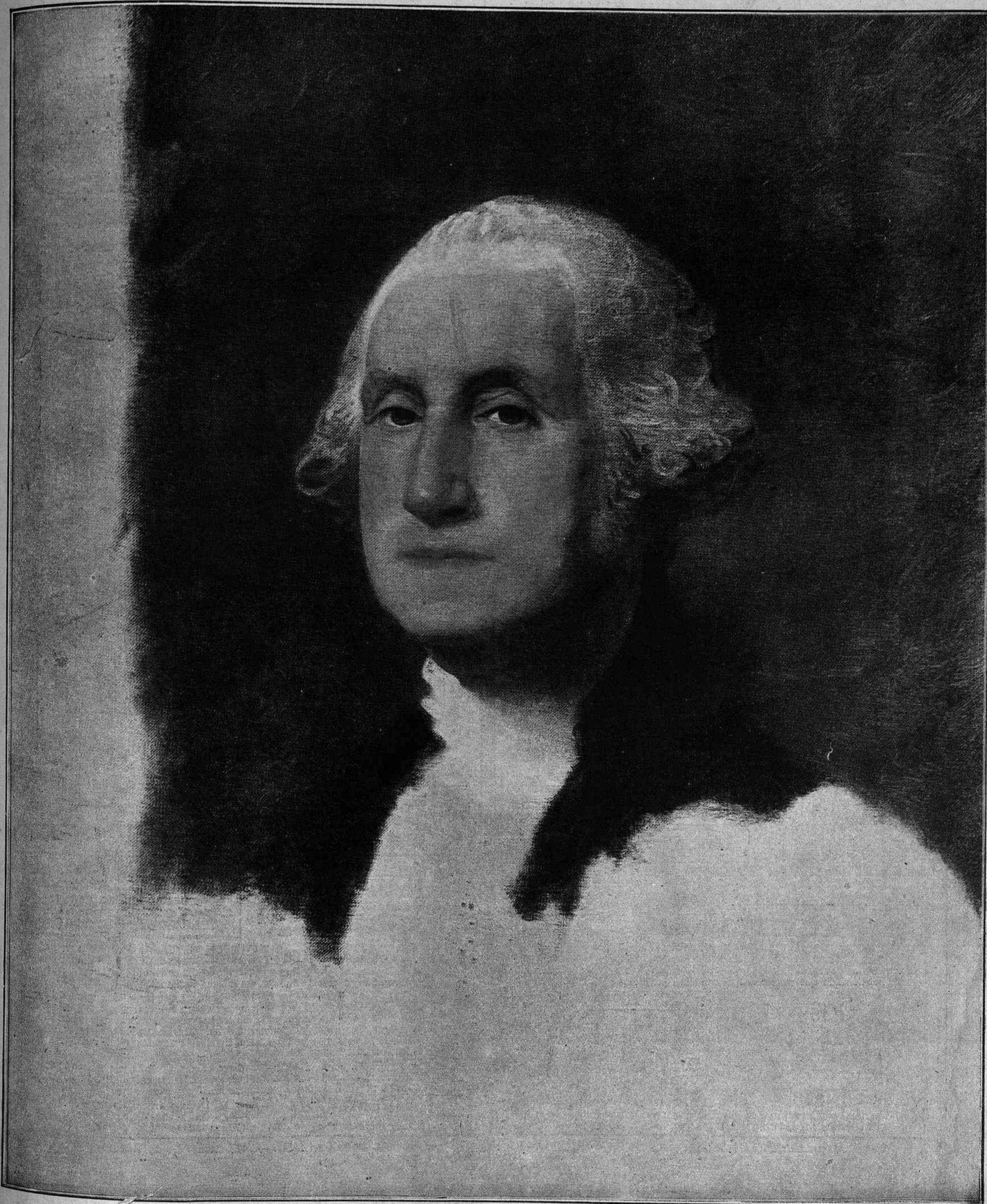


La Esfera

BIBLIOTECA
MADRID

Año VII  Núm. 326

Precio: 60 cénts.



RETRATO DE JORGE WASHINGTON, original de Gilberto Stuart, que se conserva en el Museo de Bellas Artes, de Boston



El Agarre del "Bull Dog"



El "bull dog" no suelta su agarre hasta que se lo ordena su amo.

Los candados Yale, de fama mundial, una vez cerrados, no aflojan su agarre hasta que no lo suelta su llave correspondiente. Su fuerte construcción de bronce resistirá los golpes de un mazo.

Los candados Yale son de uso universal dondequiera que la seguridad es necesaria. El hecho de que nadie ha podido forzar un candado Yale Standard mientras esté en uso, ha servido para extender su empleo en todo aquello que requiera seguridad.

Las condiciones climatológicas no afectan a los candados Yale Standard. No se emmohecen o corróen bajo ninguna circunstancia.

"Yale" es la marca que ostenta todo Candado Yale, Picaportes, Herrajes Yale para construcciones, Cierrapuertas, Cerraduras para Bancos y Motones de cadena. Esta marca garantiza seguridad y legitimidad al comprador.

THE YALE & TOWNE MFG. CO.
Establecida en 1868
Nueva York E. U. A.



Lea Ud. todos los miércoles **MUNDO GRÁFICO**



A nuestros anunciantes y suscriptores

Los agentes administrativos de esta Empresa van siempre acreditados en forma que no quede duda de la legitimidad de su representación.

Lo advertimos al público para que no acepte trato alguno con quienes no tengan autorización reciente, carnet de identificación de la casa, sellado con el sello de la misma y firmado por el Administrador Delegado, ni satisfagan el importe de los recibos que les presenten al cobro en nuestro nombre, ni estimen, en fin, garantizados sus intereses por nosotros, que no podemos responder de más gestiones que de las encomendadas a nuestros representantes debidamente autorizados.

ELIXIR ESTOMACAL

de Saiz de Carlos (STOMALIX)

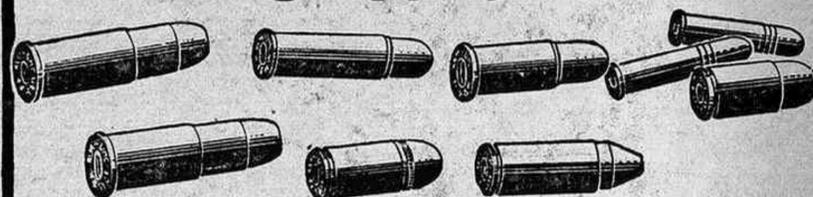
Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda a las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

ESTÓMAGO É INTESTINOS

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedías, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos á quien los pida.

Remington UMC



LOS cartuchos Remington UMC se hacen y prueban para funcionar en toda marca conocida de pistola o revólver. Por su precisión uniforme y confianza absoluta son los

favoritos de todo aquel que usa esta clase de arma de fuego, ya sea el tirador experto o la persona que simplemente busca su propia defensa y seguridad.

Se enviará un librito especial gratis a quien lo solicite.



Cartuchos para revólver y pistola

REMINGTON ARMS UMC COMPANY
B-1 233 BROADWAY NUEVA YORK



PARÍS Y BERLÍN
Grand prix et Medailles d'Or

BELLEZA

No dejarse engañar y exijan siempre esta marca y nombre BELLEZA (Registados)

DEPILATORIO BELLEZA Tiene fama mundial porque es inofensivo y lo único que quita de raíz, por fuerte que sea, el vello y pelo de la cara, brazos, etc., sin perjudicar el cutis, por delicado que sea. Resultados rápidos, prácticos y sin molestia ninguna.

Es el ideal RHUM BELLEZA Fuera canas

A base de nogal. Basta unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las canas, con extraordinaria perfección. Usándolo una ó dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues devuelve al cabello, sin teñirlo, la substancia que le da vida y color, haya sido rubio, negro ó castaño. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha. Se usa lo mismo que el ron quina.

POLVOS BELLEZA (selectos é higiénicos) Por su calidad superfin, distinguído perfume y adherencia al cutis, son los mejores que existen. Se venden Blancos, Naturales, Rosados, Rachel claro y Rachel obscuro.



CREMAS marca BELLEZA (líquida ó en pasta espumilla). Última creación de la moda. Blancura, hermosura y conservación del cutis, sin necesidad de usar polvos. Son deliciosas é inofensivas (blanca ó rosada).

LOCION BELLEZA Para el cutis. La mujer y el hombre deben emplearla para la juventud natural del rostro y firmeza de los pechos en la mujer. Las personas de rostro envejecido ó con arrugas, granos, erupciones, barros, pecas, asperezas, manchas, etc., á las 24 horas de usarla la bendicen. Evita el crecimiento del vello. Es inofensiva. Deleitoso perfume.

TINTURA WINTER Marca belleza. Con una sola aplicación desaparecen las canas; cabello, barba ó bigote, hermoso castaño ó negro. Es la mejor y más práctica.

PELÍFERO BELLEZA (vegetal) Detiene inmediatamente la caída del cabello. Hace renacer el cabello á los calvos, por rebeldía que sea la calvicie. Cabeza sana y limpia de caspa.

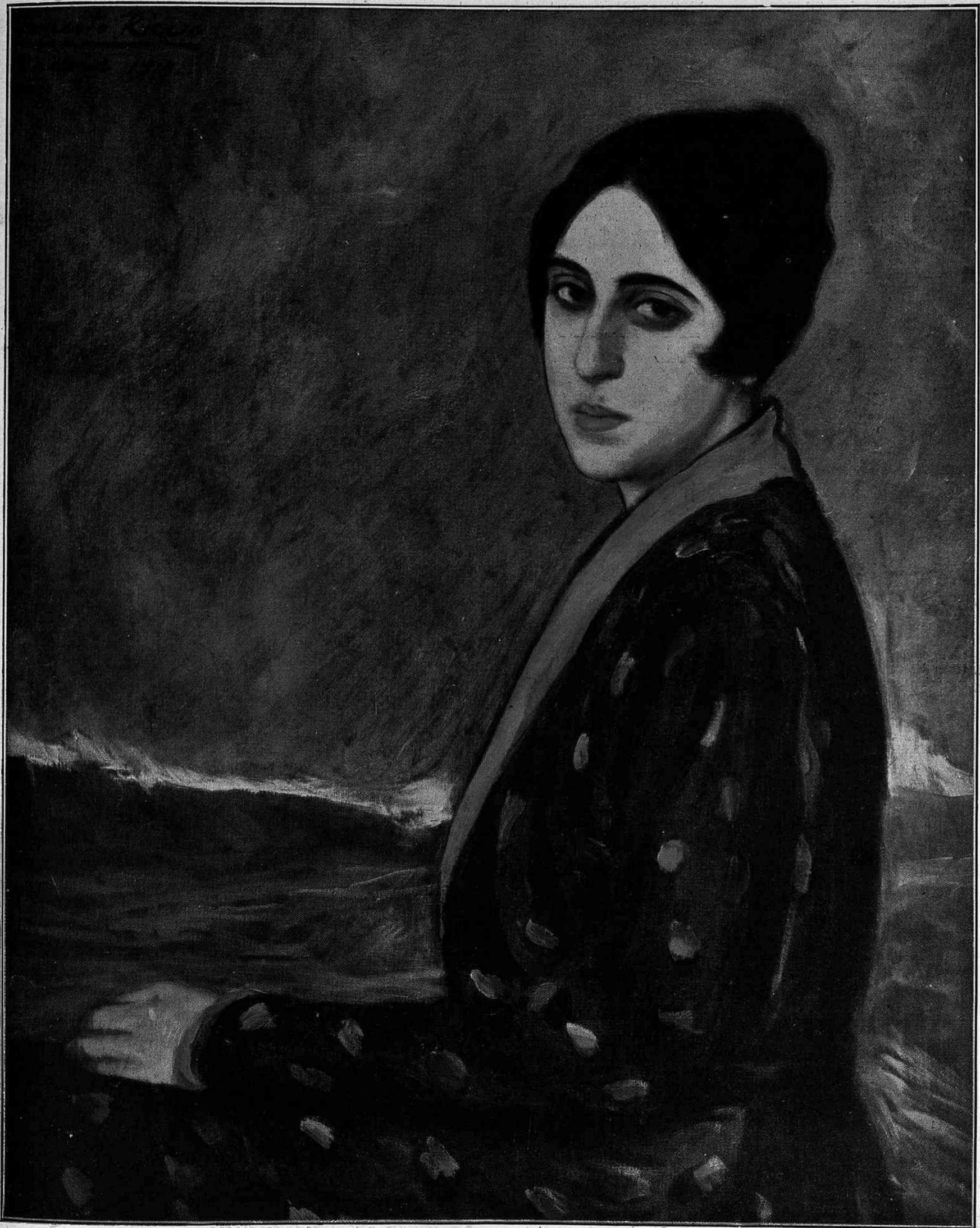
De venta en perfumerías de España, América y Portugal.—En Buenos Aires, A. García y C.ª, calle Cerrito, 393.—En Habana, droguería de Sarrá.
FABRICANTES: Argenté, Costa y Cia., Badalona (España).

La Esfera

Año VII.—Núm. 326

3 de Abril de 1920

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



RETRATO

por Ernesto Riccio



DE LA VIDA QUE PASA * REQUIESCAT

HA muerto la alegría: se abatió de aversión al medio; enfermó de duda y sucumbió de desesperanza. Los doctores pretendieron curar su altivez con cicuta, su duda con fuego, su desesperanza con hirviente bronce. Fué inútil. Murió mirando al suelo, ¡siempre al suelo!, fatigada de vanos esfuerzos, dolorida de sabias fricciones, aterida de duchas heladas, de immersiones bruscas en la realidad. Sus manos se tendieron á lo largo del cuerpo, incapaces de oprimir crucifijos y espadas; sus labios palidecieron, al no poder gustar mieles de amor y de lealtad; se afiló su nariz, que no podía aspirar los aromas de las rosas líricas; sus pies se endurecieron, fatigados de sangrar sobre espinos y agudos guijarros; sus ojos se cerraron ante los horizontes helados, y los desolados campos yermos, y los violáceos crepúsculos. Su cuerpo todo quedó rígido, como sus axiomas, sus rituales, sus leyes, sus convencionalismos y sus farmacopeas. Después, el agua se heló en los manantiales; se congeló la nieve en los ramajes secos; el sol quedó oculto por nubes plumizas, y en el campo callaron los poetas y enmudecieron las alondras.

Ha muerto la alegría. Todos nos vestimos de luto. Los viejos dijeron que todo era miseria, y que no valía la pena de estar alegres para lo poco que había que vivir; los jóvenes quedaron extáticos y absortos, como si no entendieran bien qué era lo que perdían ni cuál era su destino en nuestro planeta. Los creyentes murmuraron que todo sobre la tierra era vanidad, y que ahora lo que procedía era reflexionar acerca de los implacables castigos eternos; los doctores discurrieron sobre sus áridas materias, y el vulgo se aperció al rencor, pensando si la herencia sería repartida de un modo justo y conforme á derecho. Entretanto, en la estancia mortuoria entraba un viento frío y una claridad lúgubre. Los grabados, encerrados en marcos de nogal, recobraban su gesto hierático. El Estagirista fruncía su ceño de implacable adustez; Verulamio dibujaba en sus labios una mueca fría y desdefiosa; solamente Voltaire sonreía satánicamente, como si triunfara su escéptica soberbia sobre todos los desfallecimientos ideales. El busto de Homero parecía revestirse de la tétrica austeridad de quien contempla la lucha de los dioses; el de Sófocles imitaba el gesto de Edipo, al pronunciar esta terrible frase: «Lo más racional para el hombre sería el no nacer»; Ovidio parecía repetir la sentencia fatal de Medea: *proboque deteriora sequor*; el adivinador músico de Bayreuth alarababa su aguda mandíbula y entornaba sus ojos frises, como si presenciara la ruina total

de la Walhalla y el aniquilamiento de Wotan. Ha muerto la alegría. La hemos enterrado en el campo marchito en que las plantas no florecen y las piedras parecen congeladas, y en que las mariposas nocturnas han petrificado sus élitros pardos sobre las cruces de madera, y en que los cipreses no tienen savia virgen que renueve sus brotes en los troncos dormidos como una lanza de titán. La hemos sepultado junto á la Fe, que nos abandonó en edad prematura, convirtiendo la tierra en orfanato; cerca de la Piedad, ausente de nuestros corazones endurecidos. Todo alrededor suyo con inscripciones cinerarias: el pudor, la sinceridad, el entusiasmo, la lealtad, el desinterés, el amor, la amistad, la noble curiosidad científica, la idealidad romántica, duermen sueño de piedra. Hemos escuchado el redoble de la tierra sobre el ataúd, y, muy pálidos, nos hemos mirado los unos á los otros, como preguntándonos si nos encontrábamos

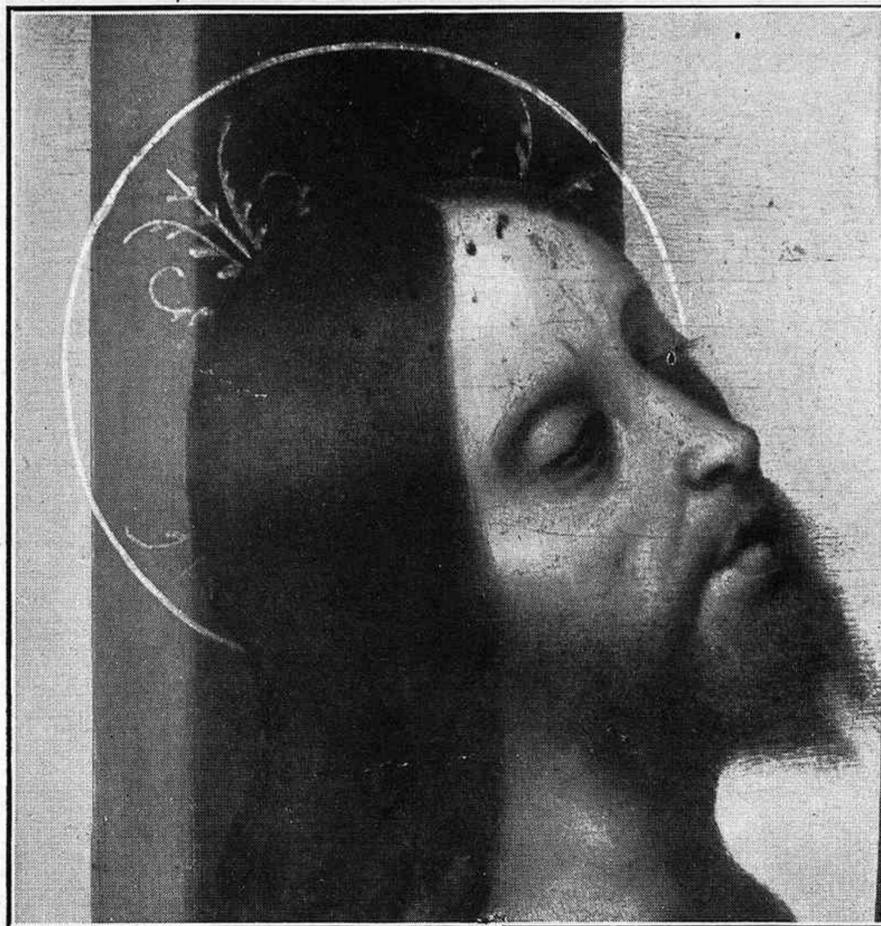
limpios de culpa. Luego hemos desfilado por el endurecido y amarillo sendero, rodeado de predios estériles, maculado por huellas redondas de pezuñas y de plantas de digitigrados. Hemos llegado á nuestros tugurios, y nos hemos sentado en el escaño, con el puño bajo la barbilla, como el Marte escultórico que se pregunta, pensativo, para qué le ha servido la fuerza.

Ha muerto la alegría, y nuestros desolados hermanos buscan en vano algo con que sustituirla. Los bufones agitan sus tirsos, que producen horrisonos y estridentes cascabeleos; los histriones recitan sus farsas, en que las palabras se juntan en vano en retorcidos y absurdos retruécanos. Los farautes corren de un lado para otro, llevando nuevas que quieren ser recogidas y son fatídicas; los danzantes trenzan sus pasos de embarazo vulgar, y los esclavos prenden antorchas y encienden luminarias, que proyectan verdosos resplandores elíseos. Todo es inútil. Las muchedumbres miran á la altura, por donde

pasan las máquinas volantes con la negrura y hosquedad de los cára-bos; vuelven la mirada á los caminos, por donde se precipitan rulantés armatostes sombríos. Todos agitan las escarcelas y sacan á puñados discos amarillos precursores de angustias, como el oro de las hijas del Rhin; oro que contemplan envidiosos los miserables, oprimiendo con dedos crispados las empuñaduras de sus dagas en los cinturones de piel de cabrito.

Ha muerto la alegría, y es preciso resucitarla. Reanudaremos la perdurable y gloriosa odisea; pasaremos con los pies descalzos sobre canteras y breñales, golpeando en nuestro corazón, alzando la mirada á los cielos, invocando á los dioses y á los héroes, dando con el puño en las tumbas para llamar á todos los espíritus que duermen, desempolvando los infolios, derramando en los surcos semillas, y estrujando racimos en las copas de oro, pulsando virilmente los órganos que parecieron enmudecer para siempre en las góticas catedrales, y llenando las naves de armonías. Lo haremos todo, lo intentaremos todo. Y los muertos revivirán, y saldrán de sus lechos de granito, y volveremos á ser fieles, esperanzados, piadosos, desinteresados, estudiosos, amantes, dignos, y á un beso engendradora, como el que prendió la luz en el Génesis, la alegría renacerá, para sentarse entre nosotros y alfombrar los senderos de pétalos y los cielos de luminarias, y hacer cantar el agua de los cauces, y á las alondras en las umbrías, y alejar para siempre el remordimiento del fondo de nuestro corazón.

EL DIVINO VIAJERO



"Cristo", por Piazza da Lode

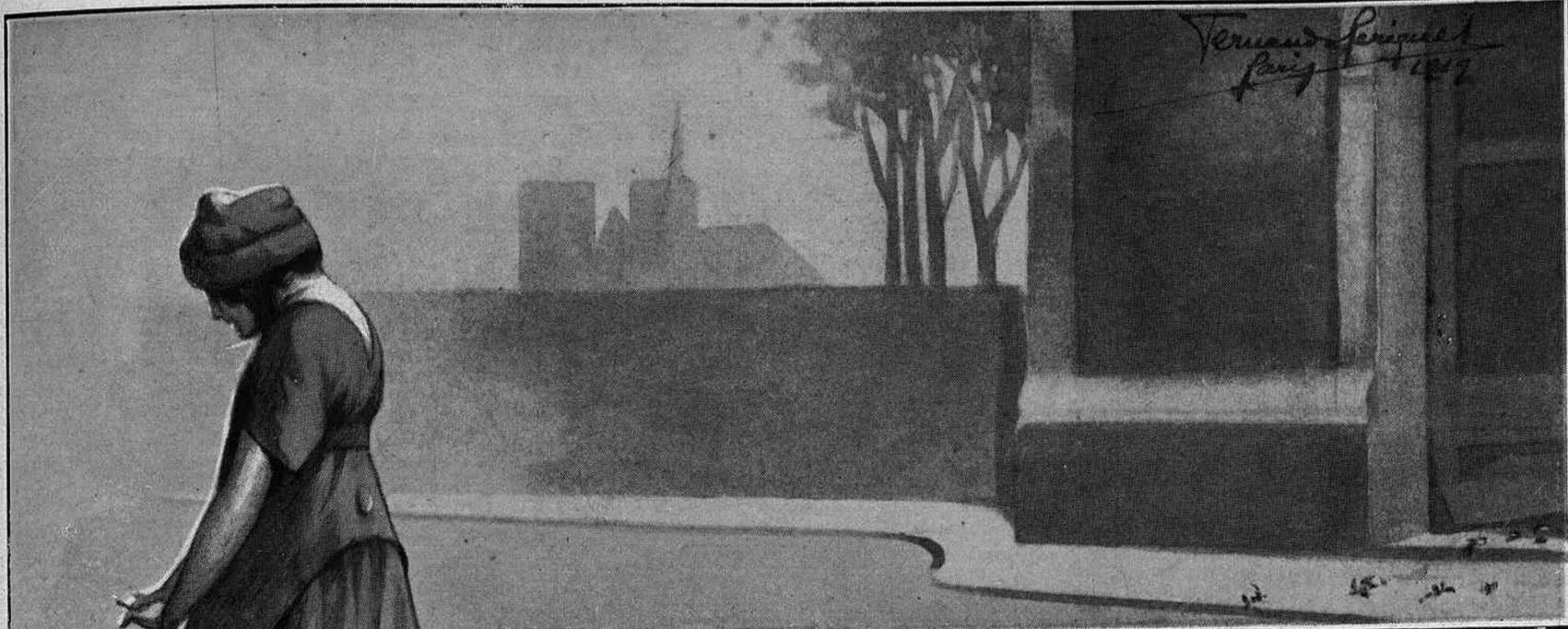
Paró el caballo blanco, y un momento tembló el rojo tisú de la gualdrapa...
Apeóse el capitán, y voló al viento, como un ala de púrpura, la capa...
Lamó á mi puerta el capitán, y juro que eran hojas de plata sus panelas:
—¡Piedad!—me dijo, y se apoyó en el muro...
Traía lirios de oro en las espuelas...
—¿Venís herido?—pregunté. —¡Bañada en sangre está la tierra que he pisado!—
Y entreabriendo la cota ensangrentada,
—¡Mirad!—me dijo; y descubrió el costado...
—¡Jesús!—grité á la vez estremecida:
—¡Zú lo has dicho, mujer!—gimió el guerrero; y posando sus dedos en la herida, sobre el costado floreció un lucero...
—¡Oh, Señor!—murmuré. —¡Rubia cordera—
dijo con voz de arrullo ó de plegaria—
yo traigo para ti la primavera de los valles de Egipto y de Samarial
¡Amor que sin saberlo me has nombrado,

y esperando mi vuelta de la guerra, en los almendros blancos me has amado sobre todas las cosas de la tierra!—
Me dijo, y me abrazó muy dulcemente; y en la tarde pascual, lírica y bella, cerró mis ojos, me besó en la frente, y sobre el beso se cuajó una estrella...
—¡Amame!—suspiré; mas dijo: —¡Huyo, que otro amor, como tú, me está esperandol
—¡Me dejas...!— ¡No; ten fé, y he de ser tuyol—
Corrió después... y me dejó llorando...
.....
Hincó al caballo en el ijar la espuela.
—¡Adios!—me dijo al fin, mientras marchaba...
De gloria y de dolor dejó una estela, y lejos, suspiró... ¡mas no miraba, que por clavar á su corcel la espuela dentro del corazón me la clavaba!

Pedro IGLESIAS CABALLERO

ANTONIO ZOZAYA

OFRENDA DE AMOR



Fuí testigo, no há mucho, de una tan delicada expresión de amor, que bien merece contarse.

Mi hermano Luis Felipe vivía separado de mí. Alegre con exceso, y hasta ruidoso en sus actos más sencillos, quiso vivir en absoluta libertad, y fijó su residencia en Londres, atraído, además, por los precios fabulosos que alcanzaron sus retratos entre las damas de la buena sociedad inglesa.

En plena City, gozaba de un magnífico alojamiento anexo á su estudio, y sus pinceles y sus aventuras amorosas, no siempre vulgares, absorbían todas sus horas.

De tarde en tarde recibía en mi casa de París una misiva suya, lacónica, pero cariñosa, desordenada y á veces incoherente, como escrita por la inexcusable necesidad de corresponder á mis cartas apremiantes.

Así transcurrieron dos años, hasta que nos llegó simultáneamente la triste nueva de la muerte inesperada de nuestra madre, en su nido de Madrid, envuelto por la viudez en plegarias y suspiros, sin notas de color, sin ruidos, sin movimiento, constantemente sumido en sombras.

Ambos hermanos habíamos abandonado nuestra patria para perfeccionar, Luis Felipe sus estudios pictóricos, y yo los musicales, sin lograr que nos acompañara la viejecita.

Aún estaba fuerte, y sin derramar una lágrima externa nos vió partir, asegurándonos que viviría hasta nuestro regreso.

Por desgracia no fué así, y la súbita apoplejía que nos arrebató el más puro amor, hizo que los dos hermanos coincidiéramos en París por breves horas, para dedicarlas al recuerdo de la irremplazable muerta.

Encontré á Luis Felipe ligeramente demacrado, algo fatigoso, con canas prematuras en sus veintinueve años; pero pulcro, elegante y atildado en el vestir, como en sus mocedades.

Mis treinta y cinco años autorizábanme á darle consejos. Y se los di. Y fueron oídos en silencio. «Es preciso que empieces á reservar energías»—le dije—. «Has debido dilapidar ese tesoro que con dificultad se renueva...»

Me entendió, y prometió trasladar su residencia á París, cerca de mí, al siguiente invierno, cuando hubiese terminado diversos encargos que tenía pendientes.

Cumplió su palabra. En Noviembre del siguiente año se instaló en mi casa de la isla de San Luis, calle de Buda, á pocos pasos del Sena.

Era el edificio antiguo, de tanta elevación y tan pequeña base, que á no tener construcciones adosadas, habría parecido una torre.

De un zaguán de cortas dimensiones partía la escalera perpendicular, que directamente conducía á los dos últimos pisos que habitábamos mi hermano y yo.

Me era grata la estancia allí, por la independencia de la entrada, libre de porteros, vecinos y curiosos, y por el espléndido panorama que se ofrecía desde los altos ventanales: el río, los grandes boulevares, la mole enigmática de Nuestra Señora, mi adorado Barrio Latino, á la izquierda; y allá lejos, muy lejos, la sagrada colina de Montmartre.

Luis Felipe estableció sus habitaciones debajo de las mías. Eran menos húmedas. Todos los cuidados parecíanme pocos para atender á la salud del enfermo.

En los comienzos de nuestra unión, convivimos constantemente. Después, las ocupaciones de cada uno nos distanciaron: comíamos en distintos *restaurants*, y apenas nos veíamos algunas mañanas antes de empezar nuestro trabajo.

Varias noches me pareció percibir risas femeniles en la habitación inferior.

Para fundamentar mis sospechas, cierta mañana entré bajo fútil pretexto en el *atelier*.

No dudé un momento; asaltóme ese perfume inconfundible de las mujeres bellas y elegantes, en que se mezclan aromas químicos y emanaciones de carne fresca.

Luis Felipe recibía visitas amorosas. Sus añejas aficiones retoñaban.

Le hice nuevas observaciones, inútilmente, y acabé por callar. De otra parte, no había en todo ello descompostura ni menos escándalo.

Un memorable día de Marzo recibí la visita de un médico, llamado por mi hermano á espaldas mías.

El doctor creía de su deber advertirme la gravedad de Luis Felipe.

Bajé apresuradamente á su cuarto, y le hallé febril y postrado, pero sonriente.

Llevaba tres días en cama, aquejado por ahogos constantes y tos seca y pertinaz.

Trató de tranquilizarme serenamente, y aun hizo chiste de su demacración, de la bufanda que liaba su cuello y de su aspecto estrafalario de enfermo.

Pero había llegado el plazo marcado á su existencia por quien pudo marcarlo, y una tarde primaveral, en que el cielo, las flores y los pája-

ros parecían entonar un himno á la vida, entregó la suya Luis Felipe, tranquilo, apacible, dejando envidriar sus hermosos ojos puestos en mí, cual si viera desvanecerse lentamente un ensueño lejano.

Pasados los tristes días que siguen á estas desventuras, me entregué al trabajo con ansias vehementes de olvidar.

La puerta del abandonado *atelier* permaneció cerrada desde entonces, y yo pasaba frente á ella á diario, sintiendo siempre en mi corazón la punzada de lo imposible.

Dos meses después, cierta tarde, al regresar á mi casa, vi, no sin sorpresa, una tarjeta clavada con un alfiler en la puerta del *atelier*:

Desprendila, y leí los siguientes renglones escritos á lápiz, con letra menuda y desigual:

«Luis Felipe: he llamado inútilmente á tu puerta. Pero aunque mis escapatorias á París no pueden menudear, inventaré algo para pasar aquí esta noche. Espérame, pues, á las nueve. No faltes.»

Volví la tarjeta para leer el nombre: BEATRIZ PROUST.—*Brevant*.

Se trataba, sin duda, de un amor que mi pobre hermano dejó sobre la tierra; amor furtivo de damita casada, que sólo aleteaba cuando eran posibles aquellas escapatorias de que ella hablaba.

Para evitarla nuevas esperas é inquietudes, y á riesgo de ser cruel, pero siempre piadoso con el amor, escribí en una tarjeta mía, que luego clavé en la misma puerta:

«Señora: mi pobre hermano Luis Felipe dejó nuestro mundo hace dos meses, encargándome antes de morir que enviara su postrer recuerdo á una mujer que le amaba. Cumpla el triste encargo, y con ello evito á usted impacencias y esperas. S. S. P.—FERNANDO.»

Cuando á mi regreso de la Ópera, cerca de la una de aquella madrugada, penetré en el zaguán de mi casa, que yo siempre tenía abierto, encontré la puerta entornada, y sobre el pavimento, como una alfombra de frescas flores, que se prolongaba por la escalera hasta el *atelier* de Luis Felipe. Allí se amontonaban con profusión extraordinaria.

Mi tarjeta había desaparecido.

ooo

Al siguiente domingo fuí á Brevant, con la exclusiva intención de conocer á Beatriz Proust, la exquisita mujer que tan delicadamente había ofrendado á su truncado amor.

Hija adúlterina de un famoso poeta que la abandonó, estaba casada con un modesto hostelero de Brevant. La vi algo pálida y un poco triste, en el escritorio del bar. Era bonita y distinguida.

Del saloncillo de familia inmediato robé su retrato. Vedlo.

FERNANDO PERIQUET

París, 1920.

DIBUJO DEL AUTOR

CUENTOS DE "LA ESFERA"

EL DEMONIO INTERIOR



Como de costumbre, habían estado largo tiempo sin hablarse, envueltos en uno de esos silencios eléctricos llenos de miedo á las palabras. El urdía con enconada minuciosidad la traza de una peluca, y ella, harta ya de rectificar la ampliación azul de sus pestañas y el carmín de los labios, repasaba el papel. Cuando sonó el timbre, los dos respiraron con desahogo, y Carmen dijo:

—Debe ser á mí.

—Sí: mi escena está al final del acto.

Ella entonces se ahuecó la falda y salió. Cuando los pasos se extinguieron en la escalera del escenacio, Jerónimo puso las manos de súbito inactivas sobre la peluca, y por su cara de descarnadas y atormentadas facciones, pasó la sombra del dolor. Cada vez que la veía salir así, triunfante de hermosura, armada de involuntarias seducciones, su recuerdo iba á buscar en el pasado la imagen de aquella muchachita anémica, fea é inexpresiva, casi muerta de privaciones, á la cual sacara él del sufrir anónimo en un brote de filantropía absurda. De aquellos anhelos irreprimibles de proteger á los otros para sentirse superior, provenían sus peores males. Cuando la conoció no pensaba aún dedicarse al teatro y, vanidoso de la modesta posición de sus padres, y, sobre todo, de su apellido, ilustrado por un médico insigne en tiempos de Car-

los III, su inconformidad congénita estaba templada por el claror juvenil... La compró con un pedazo de pan, con algunas palabras de halago y promesa. Acaso sin la tenacidad de la madre de Carmen, la aventura no habría tenido la sanción del matrimonio; pero la pobre mujer quería legar á su hija siquiera un marido, y un día los dos, un poco atónitos, se vieron arrodillados ante un altar. Fué aquél un día feliz, mas no alegre. Poco despues, ya solos en el mundo, Jerónimo, tras no decidirse á terminar la carrera y fracasar en varios negocios, pensó en refugiarse en el teatro, donde sus comienzos fueron difíciles; tenía demasiadas teorías, demasiadas preocupaciones para un arte en donde la intuición y el flúido simpático son los principales agentes del triunfo. Los éxitos de los otros, que analizaba hasta lo infinito, lo vidriaron, lo disminuyeron. Apenas salía á escena, su mirar se tornaba torvo y su boca se contraía con un gesto repulsivo... Parecía siempre menospreciar al público, á la obra, á sus compañeros de farsa. No obstante, adquirió el hábito de hablar, y fué uno de tantos. Poco después tuvieron un hijo y, de pronto, la mujer insignificante empezó á mejorar, á erguirse. Fué entonces cuando el empresario le propuso:

—Si quieres que tu mujer se contrate para hacer papelitos, no sólo ganarás más, sino que

viajando juntos disminuiréis mucho los gastos.

Cada mañana Carmen aparecíasele transformada, cual si una primavera incansable floreciera en ella; y á hurtadillas, fingiéndose dormido, mientras iba y venía, ocupada sin recelo alguno en asearse, la contemplaba mitad colérico, mitad atónito, como si contemplara un milagro injusto. Tornóse hosco, irascible, reticente; el hermo-seamiento de su mujer le parecía una especie de traición; y poco á poco arraigó en su alma el ansia de vengarse de aquella marcha triunfal hacia la salud y hacia la belleza, mientras él quedaba en la ruindad física, en la fealdad, en el descontento de toda su persona... A veces sentía que le perjudicaba ser así, y proyectaba cambiar, ser tolerante... ¿Acaso tenía ella la culpa? Pero al verla no podía reprimirse, y algo terriblemente imperativo, llenaba su boca de palabras ásperas, ya de inmerecido reproche, ya de reto:

—El día que no seas feliz conmigo, te vas... No te creas que hombres como yo se encuentran donde quiera.

Carmen callaba; esquivaba toda ocasión de aceptar esas galanterías corrientes en la vida del teatro, y hasta borró sus aptitudes escénicas para no herir la suspicacia, siempre en carne viva, de Jerónimo. Todo era inútil. Uno de esos sábados en que el público, libre del fardo rudo

PENAGOS

de la semana, sale dispuesto á divertirse, no importa con qué, lo aplaudieron; y aquel éxito, en vez de mitigar sus violencias, las enardeció:

—Ya ves como soy alguien... ¿Qué te habías creído?... El público ya empieza á darse cuenta.

Carmen no respondió, y su silencio fué tomado por despecho; habló luego para disuadirle, y él dió á sus palabras, férvidamente ingenuas, sentido de envidia. Como los aplausos no volvieron á sonar, lo atribuyó á intrigas, á conjuras, y la mortificó con celos, con desdenes, hasta con exasperadas excitaciones á la infidelidad. Dijérase que prefería á aquel temor de todas las horas, la certidumbre de llegar al límite posible de su desventura. El hijo, que no pudo traer con su sonrisa paz á los suyos, torció un día la boquita en un gesto donde parecían sintetizarse los dolores de toda la vida que no había de vivir, y entró en el no ser por la puerta dolorosa de una meningitis... Aquellos fueron unos días de engañadora tregua, y hasta la misma desdicha perdió para Carmen algo de su terrible sentido al imaginar bajo el dolor la esperanza de días exentos de acritud, dedicados á recordar, tal vez á llorar esas lágrimas suaves que se llevan la amargura del alma; mas cuando la vida anterior y los anteriores parajes de su desdicha volvieron á apoderarse de ellos, la vieja inquina reapareció creciente. Sin el consuelo del hijo, acosada por todas las injusticias, Carmen quiso refugiarse en el cariño, y fué una mendiga de halagos, una sierva sumisa, adulatora; aprendió á coquetear y á mentir sólo para él, porque estaba necesitada de amor, y sus sentidos, casi muertos, apenas si discernían ya entre la fealdad y la belleza. También esto fué inútil... ¡El no podía creerla!... Aun oyéndola decirle que era superior á los otros, la duda impedíale acoger con abandono feliz aquel cuerpo deseado, casi idolatrado en medio de su ira, por ese misterioso juego que en las almas confunde á veces las pasiones opuestas... ¡Ah! ¿Por qué no se detenía aquel florecimiento, aquella resurrección jamás sospechada en el cuerpecito enteco de antaño? Sin la desafiadora pujanza que había en su hermosura, él quizás... Pero no: había algo de insulto en su belleza; las cosas se reflejaban en sus ojos con un brillo extraño, y hasta en sus movimientos más inocentes palpaba una sensualidad que despertaría alguna vez como despertó su hermosura. En todas partes era el centro de un círculo de deseos... ¡Cuántas veces, desde la juntura de un telón, había él visto turbias miradas fijas en ella!... No podía ser... ¡Era de todos, de todos, menos suya!

Muchas noches, durante las largas esperas preñadas de temores y de arrepentimientos, Je-

rónimo pensaba dejar correr, al verla, la vena oculta de su ternura, y sin palabras, con lágrimas hondas nada más, pedirle perdón y sellar un pacto de amor para siempre; mas cuando Carmen regresaba, las perspectivas risueñas obscurécianse y los anhelos cordiales trocábanse en frases malignas, dejándole á él mismo espantado de aquel desacuerdo entre su voluntad momentánea y otra voluntad más suya, inexora-

Una necesidad de contrariarla en todo, lo llevó á adoptar costumbres y gustos opuestos á los de ella. No leía en la cama porque á Carmen le gustaba leer; tornóse sórdido porque ella era generosa; la contrarió hasta en lo más pueril. El sufrimiento lo avejentaba, y pasaba largos ratos ante el espejo, comprobando el carácter repulsivo de su fealdad, poseído de una alegría malvada. Al notar que el hilo de la gratitud y la paciencia se debilitaban en Carmen, casi se sintió satisfecho.

La expió durante horas, durante días, durante semanas enteras, y como nada le podía condenar, se dijo: «No me la pega con ninguno, pero me la pega con todas las cosas; hasta los menores objetos han de agradarle más que yo.»

Su fidelidad antojábasele argucia, y llegó á detestarla; á desear sentirse del todo burlado para siquiera tener razón.

Tuvo celos hasta de los días claros, é impelido por el dominio de la certidumbre, se distanció de ella, provocó las antes rehuídas presentaciones de hombres jóvenes, y dejó de vigilarla, obligándola á regresar á casa en la alta noche, sola ó acompañada de alguna amiga.

Al oirla llegar, en vez de sentirse tranquilo, murmuraba: —¡Ah!... ¿Eres tú?... Creí que te habrías quedado por ahí... No sé cuándo vas á decirte. Me revientan las cosas á medias.

Y al fin, una noche, Carmen se quedó.

Al ver pasar las horas, él tuvo como una paz súbita y terrible. ¡Ya estaba la desgracia allí!

La desgracia total, la desgracia sin el menor celaje, igual que la dicha sin nubes, soñada por su alma sedienta de predominio.

¡Ya no temería más, ya no esperaría más...

Al fin había llegado el límite!...

Anegado en una especie de delectación dolorosa, apenas si en su mente se insinuaron interrogaciones acerca de á quién habría elegido para ofrendarle aquella belleza granada en la desdicha.

Fué una noche saturada de angustia.

A los primeros claros del alba, distinguió en el espejo su propia sonrisa y tuvo horror de verse; cerró los ojos y cayó poco después en un sueño

sin sobresaltos, denso, libre de toda imagen de vida. ¡Cuánto tiempo hacía que no lograba dormir así!

Sólo al despertar, ya muy tarde, supo que su mujer había pasado la noche en ununtuoso lecho de mármol, junto á otro hombre impaciente, también como ella, de forzar las puertas de la muerte.

A. HERNÁNDEZ CATÁ

DIBUJOS DE PENAGOS



ble. Eran pruebas en que los dos sufrían hasta la extenuación. A veces en el vibrante silencio de un insomnio, segura de ser escuchada, Carmen decía con tono primero humilde y luego exasperado:

—Pero, ¿qué tienes contra mí? ¿Acaso me ves mirar á alguien?... ¿No cumplo en casa con mi deber?... Di... habla...

Y él, crispando la boca á su pesar, le respondía con exabruptos ó sarcasmos:

—Si eres la perfecta casada... Además, puedes mirar á quien se te antoje... Tus ojos son tuyos.

sin sobresaltos, denso, libre de toda imagen de vida. ¡Cuánto tiempo hacía que no lograba dormir así!

Sólo al despertar, ya muy tarde, supo que su mujer había pasado la noche en ununtuoso lecho de mármol, junto á otro hombre impaciente, también como ella, de forzar las puertas de la muerte.

A. HERNÁNDEZ CATÁ

DIBUJOS DE PENAGOS

SIRENAS DE TIERRA ADENTRO

ESCENA CASI MUDA

DECORACIÓN: CUARTO-TOCADOR DE SEÑORA
PERSONAJES: ELLA Y ÉL

COMO flores de un deshecho *bouquet*, aparecen tiradas aquí y acullá, en la pequeña estancia, las ropas íntimas, perfumadas, suaves, con ese aspecto de quebrada tersura que la ropa femenina parece tener y conservar en todo momento; como una maliciosa indiscreción reveladora de otras secretas tersuras, carnosas, vivas, palpitantes, de color parecido á la pulpa de pétalos de orquídea. Estas íntimas ropas de seda tienen siempre algo del cálido aroma de plantas de estufa.

La camareta es coquetona, pequeña, como todo lugar destinado á íntimo: un tocador, un *budoir* grande, ampliamente amueblado, con mucha luz y mucho espacio libre, sería una cosa absurda, fría, inhóspita, en donde nunca produciríase esa templada fragancia, ese tibio calor de intimidad, misterioso encanto subyugador y atrayente que poseen estas camaretas, en cuyo seno la mujer celebra los litúrgicos ritos de su belleza.

Como en todos, en este minúsculo camarín hay un perfume único, imperante; ese perfume que se hace de muchas esencias, de muchos aromas, nacidos de la flúida emanación de esas invisibles flores de alquimia que á la vista se muestran prisioneras y desfiguradas en la reluciente batería de frascos pequeños contapones voluminosos, arbitrarios, los cuales lucen, sobre la infinita variedad de formas y figuras de los frasquitos de vidrio, lazos enormes, incomprensibles, tan inútiles como bellos. Ese perfume único, predominante, se forma también con el de ella, con el de su cuerpo; con ese olor de mujer bella y joven, picante y cálido como de planta tropical.

Junto á la ovalada luna del espejo y entre el encaje que rodea como un marco el tocador, dándole aspecto de gruta de espuma, dil ye su luz una lámpara de bujía, con una pantallita roja, semejante á una capucha, bajo cuyo cono de seda plisada ocúltase el secreto de su incandescencia débil.

El silencio, la tenue luz que no alcanza á deshacer el encanto de las penumbras transparentes — discreto velo disimulador de los íntimos misterios de la estancia —, y el perfume fuerte, excitante, de flora exótica y lujuriosa, que flota en el ambiente, prestan á la camareta, en este instante de soledad y reposo, la alucinante belleza de un camarín oculto y sagrado de alguna diosa de Oriente, de esas que tuvieron rito sensual y humano.

La carnosa y rosada presión de una manita nerviosa abre con impulso la puerta; cede ésta silenciosa, discretamente, con cierta celestinesca discreción, adquirida á costa de quién sabe cuanto abrir y cerrarse en secreto. Entra una damita: es joven y linda; el *pijama* le presta al cuerpo la malicia, un poco perversa, de una aparente ambigüedad de sexo; flojo y como deshilado el pelo, parece una melena de chiquillo revoltoso; fuma un *kedive*, y sus menudos dientes aprietan la boquilla del pequeño cigarro igual que desearía hacerlo con un cierto corazón, con el del que tiene la culpa de esta rabia, de esta irritación, de esta indudable tempestad que ruga dentro de su cabecita, nidial alborotado de toda clase de pajarillos de la vanidad, del amor propio, de la coquetería, de cuanto sea bullicio, brillo de luz, goce y risa. El trazo de sus cejas, elegante y fino como arco de desplegadas alas de golondrina, acusa en su frente un plieguecito, que aunque es un abismo de rosa, una tragedia interior ha debido formar. Se acerca al espejo, y sin mirarse en él — ¡oh, raro prodigio! —, quédase así, con los ojazos vagando por la colorinería de los minúsculos frascos que forman el arrayán de sus perfumes. Su actitud aparenta ser reflexiva, meditadora; pero es sólo apariencia: no medita, espera.

Entra él: joven también y elegante; su gesto es un poco frío; tiene, con ese rictus aristocrático de fatigado reposo, igual aspecto ambiguo para dejarse adivinar el espíritu, que el *pijama* de ella para confundir el sexo.

Permanece de pie un instante cerca de ella; pero la damita continúa en su profunda abstracción, tan exagerada, que á pesar de haber conseguido inmovilizar sus nervios, dando aspecto de piedra berroqueña á su pálida carne de mujer nerviosa, compréndese á ojos ciegos que cuanto es de extremada es de fingida.

La contempla él con cierta ironía en los ojos, y sin decir nada, cambiándose de lado con los labios el cigarrillo, se sienta en una butaquita enana, cruza los brazos, luego las piernas, pónese á mirar las nébulas de humo y aguarda impasible.

A la damita le brillan los ojos como dos carbunclos; las mejillas se le colorean hasta el rojo carmín; parece su cara un melocotón aragonés; disimuladamente vigila por el espejo; pero no pasa nada, nada, de lo que ella quiere provocar. Sigue el silencio, guardado por los dos como en



juramento. Vuelve á espiar por el espejo; ahora él sonríe. La damita se impacienta; los chirimbolos del tocador chocan entre sí, acometidos de un misterioso temblor — acaso tengan miedo de la tragedia que se cierne en el reducido aire de la estancia —. Torna á mirar ella, y él, diabólico, repite la sonrisa. La damita empieza á perder la serenidad y á olvidarse de su «abstracción»; la indignación la tiene á punto de dar un estallido; este sistema *frío* y *silencioso*, á partes iguales, la enloquece. Hace un esfuerzo para contenerse aún, y mira: la sonrisita vuelve á producirse. Trata de confiarse en su éxito, y espera — la mujer no ignora que cuando un hombre, antes de hablarla, sonríe en silencio, es que algo peligroso ó mortificante se prepara contra ella —. Todavía aguarda más... pero nada: se engañó al suponer que el diálogo iba á empezar.

La ira le decolora los labios, y su boca, contraída por la rabia, parece el hociquito de un animal roedor: puntiagudo, tembloroso, olfateante... La cólera le hace ver en el espejo su imagen infinitamente repetida, como si muchas mujercitas, todas las mujercitas jóvenes, bellas y con amantes, que hay en el mundo, hubiesen acudido á la maga evocación del encantado espejo, para darle á ella la representación de todas. Su indignación con esta categoría de alborocho sube de punto; con rápido movimiento alcanza del «arrayán de sus perfumes» un lindo pomito,

y con violenta iracundia lo estrella sobre el tocador; un ímpetu de perfume inunda el aire.

El estampido de la mágica flor de vidrio tampoco ha producido el efecto deseado. El continúa impertérrito *detrás* de su sonrisa, la cual ahora es más insinuante, más irónica, como queriendo decir: «Tu cólera, linda fierecita, es una cosa que huele muy bien.»

La fuerza del perfume éntrale por las aletas de la naricilla como un vaho enloquecedor; esto y la vergüenza de su derrota le arrancan lágrimas; un polvo de diamante parece extenderse por la sombra de sus pestañas; aún no llora, pero el gnomo-lapidario que vive oculto en los ojos de las mujeres está á punto de terminar dos luminosos brillantes gemelos, que pronto asomarán entre los párpados, convirtiéndose en lágrimas. Envalentonada con este arma formidable — la mujer usa su llanto como un terrible ariete contra el corazón del hombre —, se vuelve hacia él, se acerca, le contempla; aguarda á que sus lágrimas se cuajen definitivamente, y cuando ya han corrido saltarinas por el raso de sus mejillas, perdiéndose después en el grosero misterio del suelo, sin lograr producir la explosión esperada, explota ella misma. La tempestad concentrada estalla al fin, y hay torrentes de lágrimas — el gnomo-artífice ha abierto su secreto joyero y derrama el tesoro de sus prodigiosas chispas de luz —; hay fragor de truenos, con taconeos nerviosos, estallidos de frascos y gritos de entrecortado hipeo: la wagneriana tempestad alcanza su límite...

Pero él, con el enigma de su sonrisa y el hierático reposo de su actitud, semejante á la de un dios de granito del viejo templo de Lucsor, aguanta impávido aquel *simouu* agitador de las doradas arenas del «desierto de la reflexión» que allá, tras los soles gemelos de los ojos, se extiende dentro de la loca cabecita de ella.

Se forma una pausa, en cuyo silencio amenazador germina la crisis: otra nueva racha de tempestad ó la húmeda y fragante calma de jardín rociado por la lluvia, que gime tembloroso y perfumado bajo la renacida y tibia caricia del sol.

De pie, reclinada de espaldas en el filo del tablero del tocador, permanece un instante en vencido recogimiento, linda, ingenua, añiada, como una estatua del dolor pueril; por su cara — húmedo melocotón bañado por la lluvia — vaga aún una débil expresión de llanto... Pero en la carnosa línea del pecho, de blanco color, patinada como raso viejo, las dos cúpulas, hundidas en la seda del *pijama*, acusan fiera y retadora decisión de guerreros que se aprestan, tras la guarda del escudo, á un combate de amor. Ella ahora también sonríe. Se miran; se contemplan como dos gladiadores antes de acometerse para el golpe de gracia; ambos sonríen; pero él va perdiendo su triunfadora serenidad. La damita avanza hacia él, despacio, sonriente, con esa voluptuosidad de felino que se acerca á su presa. Cuando está junto á él, lanza un suspiro; finge que vacila, y con resuelto ademán le enlaza el cuello con sus brazos — olorosos y frescos como varas de nardo —, y se sienta en sus rodillas. Vuelven á mirarse, tan de cerca ahora uno del otro, que sólo se ven los ojos. Sonríen; hace ella un mohín de coquetuelo mimo, y pregunta:

— ¿En qué piensas?
Pausa; con gesto un poco resignado contesta él:
— En que Ulises puso cera en sus oídos para salvarse de las sirenas; pero yo...
Ella sonríe, triunfadora.
— No sé quién es ese señor; pero contra las sirenas de tierra adentro... — le aprieta la boca con un beso. El termina la frase, con la voz medio ahogada:
— ... ¡no hay quien se salve, ni con cera bendita! Ríen los dos y vuelven á besarse.

TELÓN Ó VELO DISCRETO

FERNANDO MOTA

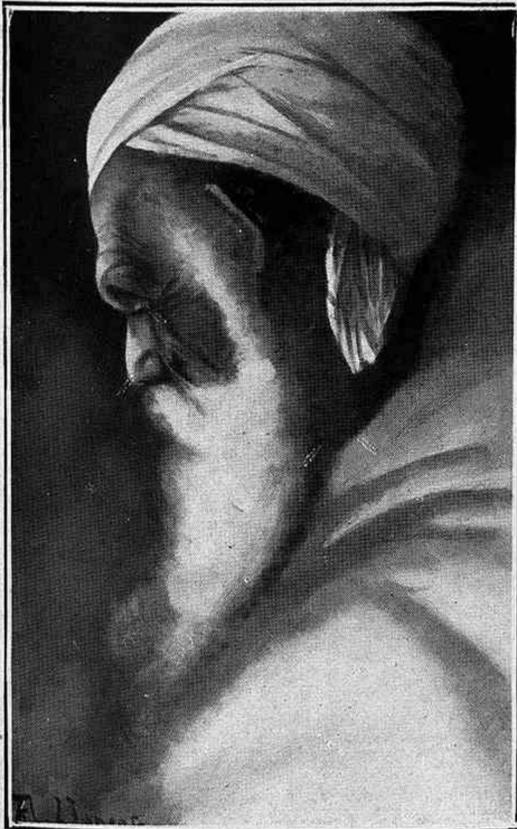
DIBUJO DE TONO

MUSEO

EVOCACIÓN
DEL ORIENTE

EN una vitrina de aquel museo arqueológico había una flauta. La papeleta hablaba del hallazgo de ese instrumento en una tumba oriental, y aventuraba con un interrogante el nombre del príncipe, bajo cuyo reinado debió de sonar el tubo de caña treinta siglos atrás. El erudito que regentaba la misteriosa y pintoresca colección de antigüedades no supo, ó no quiso, recargar la tarjeta con más datos, y los raros curiosos que visitaban la sala, tan melancólica en la claridad de su montera de cristales, apenas atendían al carrizo agujereado, y pasaban de largo, casi sin fijarse en nada, inquietos por el crujido de la tarima. Pero un día llegó un bohemio que incluso mereció la vigilancia especial de los celadores, en fuerza de no despegarse de la urna con su reliquia legendaria. El poeta encontró allí motivo para soñar ancha y profundamente, y hubiese querido escribir un poemita al dorso de la cartulina con su notación de catálogo.

En efecto; ¿dónde un enigma infinito y tenue como los vestigios musicales de los remotos pueblos? Se encuentran, de ordinario, en los profanados enterramientos, ya ellos mismos ó representados en las pinturas funerarias. Calculad el interés sentimental de los cobres, marfiles, las maderas y la tierra, destinados á cantar, y que, ya desaparecidos del mundo, sólo se descubren en los dominios de la muerte. Esa flauta, por ejemplo, gris y áurea del moho, tiene cierta hermandad con la momia de una princesa que permanecía en el sepulcro de que extrajeron el pí-fano primitivo, en cuanto entrambas dejaron escapar su alma sin que se haya pulverizado la materia. En las dos podríamos suponer un pasado bellissimo. Y todavía queda el misterio supremo de ignorar el lamento ó la alegría con que la flauta encantaba el aire perfumado y luminoso de la tarde oriental. Junto con ella se hallaron unos granos de trigo, los cuales se sembraron ahora y dieron espigas. En cambio, ningún académico ni artista logró arrancar al humilde utensilio un sonido que parezca de entonces. A través de tantas y tantas centurias, la Naturaleza continúa germinando con su clásica sencillez inalterable, y el hombre mudó por completo de espíritu. Por último, al conjuro mudo de la flauta se extendían ante la retina visionaria del poeta, obsesionado en el museo, los cortejos sacerdotales, las danzas tristes y voluptuosas, el festín embriagador. No se concibe la música antiquísima sin el baile ó el himno, y éstos solemnizaban la religión, la paz ó la guerra. Modernamente, al contemplar un Stradivarius, en seguida surge la visión del virtuoso con su melena y su roseta en la solapa, del público más ó menos *snob*, es decir, de un espectáculo vanidoso y desgajado de la vida en su totalidad eterna. Ya es un arte, y fluye de adentro



del pecho humano, lo que fué nada más que la armonía del cielo y la tierra, según la máxima de históricos sabios chinos que filosofaban con el auxilio del opio en la pipa de laca. La voz musical del Oriente semeja una blanda ráfaga, que, como de una selva el arrullo de las frondas, arrebata adormecedores murmurios á las cítaras, los carillones y arpas; y en el fondo grave y opaco, destacan los panderos, templados cada vez en los braseros, y culebrean las trompetas, como en el agua verde de una alberca refulge el garabato ígneo de un rayo de sol...

Aquella flauta que está en una vitrina, sigue en su silencio lanzando la tonada capaz de regir la rotación, la acompasada divagación de las almas y los astros. Pero, ¿ni un solo día ha sonado de otra manera más llana y adaptada al oído de la multitud, desde la época fabulosa en que hacía henchirse los carrillos del esclavo negro con un aro de plata en una oreja? Por el contrario, en recónditos lugares, exóticos en el espacio y en el tiempo, no dejó de oírse el son que adormecía en su cuna á la Humanidad. Los crepúsculos del Ganges languidecen al hechizo de

unas trompetas, que reciben su soplo, no de contemporáneos nuestros, sino de unos labios que acaso fueran los primeros en pronunciar las palabras fundamentales de la existencia, del amor, del odio, de la oración.

El poeta desocupado y vagabundo se abandonaba á tales meditaciones frente al fanal arqueológico. Los celadores se decidieron á comunicar su extrañeza al director. Y sucedió que entonces penetrara en el museo una mujer adorable, aureolada por la fragancia del baño y el sol matutinos, seductora en verdad. El bohemio miró á la fémica con una intensa codicia. Todo asustado, y recordando repentinamente las informaciones de los periódicos acerca de los asaltos en los parques y en otros parajes solitarios, dijo el sabio: «Es un sátiro!» No, no se equivocó el erudito en su nueva catalogación. Sátiro ó fauno, lo mismo da, algo así tenía que ser quien acertara á tañer en nuestros días la fantástica flauta que no figura en las clases del Conservatorio...

FEDERICO GARCIA SANCHIZ

DIBUJO DE LORENTE

NUESTRAS VISITAS
ESPERANZA IRIS



Esperanza Iris en el hotel Regina, de Madrid, con sus dos hijos

El magnífico y flamante automóvil de Manolo Merino nos llevaba raudo por los bellos alrededores de Madrid: la Moncloa, la carretera del Pardo, la dehesa de la Villa, los Cuatro Caminos, la Castellana y el barrio de Salamanca. Merino, de instante en instante, explicaba á Esperanza el lugar por donde pasábamos, el edificio que dejábamos atrás ó alguna característica del barrio. Sus informes los amenizaba con alguna ocurrencia ó chiste saladísimo.

—¿Cómo me gusta Madrid!... —suspiró ella satisfechísima, respirando á pleno pulmón el aire purísimo de los pinares de la Moncloa—. Su campo es muy parecido al de Méjico, ¿no? Asintió Palmer, el simpático barítono, y en la actualidad representante de ella, afirmando:

—Y el clima es idéntico.

—¿Usted es de Méjico, Esperanza? — pregunté yo.

—No, señor; yo soy nacida en Tabasco, ¿sabe? Tabasco es una gran ciudad cercana á Méjico... Allí me crié con siete hermanos... Pero mire, señor, mi infancia fué interrumpida á los nueve años por las hondas preocupaciones que la vida impone á las personas necesitadas...

Estaba muy interesante y bella. Con el busto gentilísimo envuelto en una magnífica estola de armiño, cuyo blanco-hueso contrastaba bellamente con el blanco-azulado de la piel de su cuello ebúrneo, adornado con dos hilos de perlas. En el fondo terroso de sus ojeras de morena brillaban intensamente sus pupilas negrísimas. Por entre la gorrita negra, bordada con tisú de oro, y el espeso velillo se escapaban negros rizos de zingara... Una gruesa serpiente de oro, con dos enormes brillantes por ojos, enroscábase á su brazo derecho que, tan torneado y blanco, semejaba otra gran serpiente de alabastro...

El encanto principal de Esperanza es su voz: una voz dócil y acariciadora; voz de amante ó de hermana de la Caridad. Avalorada con el fino acento mejicano, subyuga en cuanto abre sus labios finos, largos y sangrientos.

La observaba de hito en hito: tiene mirada de romántica, de mujer sentimental y soñadora... La belleza artística del paisaje la emocionaba y conmovía hasta tal punto, que no hablaba para no romper á llorar...

—¿Y cómo se deslizaba su niñez en Tabasco?... — inquirí.

—Bien... Yo pertenecía á una familia muy

humilde. Mi madre era maestra, y para aliviarle la carga de tanto hijo, á mí me tenía recogida la madrina de una hermana mía, que tenía casa de huéspedes, y en la cual se alojaban los artistas de una compañía de teatro que andaba por allí. Yo tenía diez años; no pensaba más que en saltar, correr y reír, y claro, les hice gracia á los cómicos. Ellos á mí también me atraían, no sé por qué. Veía yo algo misterioso y extraño en aquellas gentes, que la mitad de la vida se la pasaban representando los más diversos tipos... Me parecía mentira que aquéllos fueran los mismos que yo veía en el escenario vestidos de reyes, políticos ó ladrones.

—Luego entonces — la interrumpí —, usted á los diez años ya iba al teatro...

—¿Qué remedio, si me empujaba el diablo?... Me acostaban á las ocho de la noche; yo me hacía la dormida, y á las diez me vestía silenciosamente y me escapaba al teatro. Al día siguiente yo hacía todo lo que había visto... La vida en Tabasco se nos hacía imposible... Mi padrastro no tenía colocación, y entonces nos trasladamos á Méjico...

¿Y allí continuaron las vicisitudes?

—Enormes. No teníamos un céntimo. Con un

peso que ganaba mi padrastró, teníamos que comer todos... ¡Horrible!...

Los ojos de Esperanza Iris, al recordar este momento de su vida, se enjuagaron de lágrimas... Tras de respetar un instante su silencio, la invité:

—Continúe, Esperanza. ¿Qué edad tenía usted entonces?...

—Cerca de once años; á mi hermana y á mí nos metieron en un colegio de caridad.

—¿Mucho tiempo estuvo usted en el colegio?...

—No; verá usted por qué: Una tarde, cuando yo me dirigía al colegio, me encontré con el señor Bofil: el señor Bofil era un artista de los que trabajaban en Tabasco y hospedábase en nuestra casa de huéspedes. El conocía mis gracias y mis aptitudes. «Esperancita—me dijo—, estoy preparando una compañía infantil, ¿quieres tú formar parte de ella?...» Salté de alegría, pero ¿querría mi madre?... Fuimos á casa, y por fin accedieron, pero con la condición de que me cambiaría el nombre... Mi apellido no es Iris.

—¿En qué teatro de Méjico debutó usted?

—En el Arbú.

—¿Con qué sueldo?

—Con sesenta pesos al mes, y con treinta que ganaba mi padrastró, ya casi reuníamos para ir viviendo... El teatro Arbú me cogía muy distante de casa, y para no gastar dinero en tranvía, cuando iba por la mañana, en un pedazo de pan me llevaba la comida, y allí, en el teatro, me pasaba todo el día. A las horas de comer me dejaban solita en el escenario, y yo recuerdo que aquella soledad en aquel teatro tenebroso é inmenso me angustiaba mucho, y terminaba por llorar silenciosamente... ¡Cuánto tengo yo llorado en aquel teatro, que después fué mío!... ¿Quién me lo iba á decir entonces?...

Esperanza respiró.

—Luego el teatro Arbú, ¿fué suyo?...

—Fué de mi marido, y allí trabajé yo como propietaria mucho tiempo...

—Entonces, ¿usted es casada?...

—Sí, señor; casada y divorciada.

—¿Totalmente divorciada?

—Hasta el punto de poder contraer matrimonio nuevamente...

—¿Y volverá usted á casarse?...

—¡Oh, no!—rechazó horro- rizada—. Para equivocación, ya es suficiente. Para el artista, la vida resulta mucho más amena no estando casado.

—¿Tiene usted hijos?...

—Sí, dos mayorcitos, que jamás se separan de mí. Siempre viajamos con su institutriz y sus profesores... Los adoro con toda mi alma... En ellos únicamente veo justificada la razón, el por qué de mi vida...

Y los negros ojos de la sensitiva volvieron á llenarse de lágrimas.

—¿No conocía usted España?...

—Sí, señor. A los cinco años de ser artista —tendría yo diez y siete— vine aquí con el propósito de trabajar... Me ofrecieron contratos demasiado modestos, y no los acepté; tuve que volverme á Méjico. Entonces, en aquella temporada, fui á Cuba contratada, y Cuba me hizo lo que soy. Obtuve un éxito clamoroso, tremendo, y pasé á ser la artista mimada de la Habana... Pero una cosa atroz... Aquel público y yo nos queremos con frenesí, como dos amantes... Voy por la calle, y todo el mundo me celebra y me habla...

—Pero ¿volvió por Méjico?...

—¡Oh, ya lo creo!... Continuamente... Me he pasado la vida entre Habana y Méjico.

—¿Ya estaba usted casada?...

—Sí; y á poco de casarme me dediqué á la opereta...

—Pues ¿y antes, qué género cultivaba usted?

—La zarzuela grande.

—¿Era usted tiple?...

—Sí; pero... ¡vaya!... Lo que se llama una tiple sin responsabilidad, porque entonces iban á Méjico muy buenas artistas españolas.

—Dígame usted algo de su divorcio. ¿Por qué fué?...

Ante mi pregunta indiscreta, Esperanza hizo un gesto de amable contrariedad, y...

—Por lo que son todos los divorcios... Dos almas que dejan de comprenderse, que dejan de ser compatibles, y van separándose fatalmente por un abismo de indiferencia, de desconsideraciones, y hasta traiciones... Sí, ésta es siempre la base; es el motivo permanente... Lo demás, el detalle, si tuvo la culpa ELLA ó ÉL, es un aspecto circunstancial del caso... La realidad es que dos corazones dejaron de mirarse, que hastiáronse de caminar juntos, y contra esto nada pueden



Esperanza Iris con su amuleto

FOTS. CAMPÚA

las leyes, ni los hombres, ni la vida misma. El remedio para evitar mayor daño está en soltarlos legal y definitivamente, y que cada uno busque otro remedio. ¿No?...

Asentimos... Hablaba la artista con una naturalidad encantadora... Prosiguió:

—Una mujer moderna no puede incurrir en la vulgaridad de culpar á su marido de una incompatibilidad que creó el Destino, y de la cual ninguno de los dos es responsable. Mi marido no es malo; está satisfecho de mí como madre, por la educación que doy á nuestros hijos, con los cuales se escribe continuamente...

—¿Y cuando están ustedes en Méjico?...

—Se ven todas las semanas, y yo los educó en el amor y el respeto á su padre.

—Creo que posee usted un gran capital, ¿no?

—Esos son romances. En mi vida artística he ganado un disparate; pero en la actualidad, mi capital es de dos millones y medio de dólares. Esto lo he reunido de siete años á esta parte, que es el tiempo que hace que me divorcié... El día que me separé de mi marido me quedé sin nada: con el día y la noche... ¡sin un céntimo!... Teatro, vestuario, bienes y hasta las alhajas fueron

á poder de mi marido. Entonces yo experimenté un terror espantoso hacia la miseria que se acercaba, y realicé un esfuerzo sobrehumano para reunir una fortunita... Sin un céntimo formé compañía; en los comercios me abrieron crédito para comprar telas y género, y yo, con algunas más de la compañía, me pasaba hasta las cuatro de la madrugada haciendo el vestuario...

—¿No trabajaría usted en el teatro entonces?...

—¿Cómo que no?... Más febrilmente que nunca... ¡Qué días tan angustiosos!... Pero, afortunadamente, la Providencia me ayudó y salimos adelante. Poco á poco, ahorrando hasta los cinco centavos, construí mi teatro, que era mi sueño dorado.

—El teatro «Esperanza Iris», ¿no?...

—Sí, señor... Es magnífico. El día que yo pude extender mi vista á lo largo de su fachada, completamente terminada, creí morir de felicidad... Y allí, en medio de la calle, lloré como una boba... Me parecía mentira que yo, con mi sólo esfuerzo artístico, hubiese conseguido levantar aquel edificio.

—¿Ese fué el momento más feliz de su vida?

—En mi vida hubo dos instantes de dicha inefable: la noche que inauguré mi teatro y el día que debuté en Madrid... El aplauso del público madrileño era mi suprema aspiración... Mi carrera artística terminó en Madrid; ya no ambiciono nada más... Créame usted. ¡Yo, la noche de mi debut en el teatro de la Zarzuela, no hacía más que repetir entre lágrimas: ¡Bendito sea Dios que me produce esta satisfacción tan soñada!

Y la voz cristalina y dulcísima de Esperanza Iris volvía á velarse por la emoción, y sus ojos brillaban intensamente...

—Y dígame usted, Esperanza: ¿cuál es la tristeza mayor de su vida?...

—Ver morir á una hijita de cuatro años. ¡Esto es terrible!...

Hizo un silencio de pesadumbre. Después agregó:

—Quiero también contarle á usted el momento de más angustia que he pasado. La cosa es cómica. Un día, allá en América, organizamos una jira campestre... Después de comer en el campo, nos lanzamos á jugar. En esto, descubrí á lo lejos una gran mancha de florecitas blancas, y eché á correr para cogerlas. Al llegar á ellas, me quedé presa por las piernas: eran flores de cieno, y me embarré hasta la cintura... Entre todos me sacaron de allí; pero, ¡figúrese usted!, en un estado lamentable... Tenía que mudarme hasta las medias; entonces los amigos se alejaron, y las amigas me rodearon para que pudiera cambiarme la ropa... Cuando ya estaba completamente desnuda, apareció una vaca á veinte metros de distancia, y ocurrió la hecatombe. Todas las muchachas que me rodeaban echaron á correr, y yo me quedé en medio del campo con el traje de la auténtica Eva... Excuso decirle á usted.

—¿Y qué hizo usted?...

—Pues subirme á un árbol hasta que la vaca desapareció...

—¿Es usted supersticiosa?...

—Mucho. Tengo una fe ciega en esta serpiente...

Me mostró la serpiente de oro que se enroscaba á su muñeca.

—Desde que la llevo comenzó mi celebridad... También de amuleto conservo la cabeza de un indio...

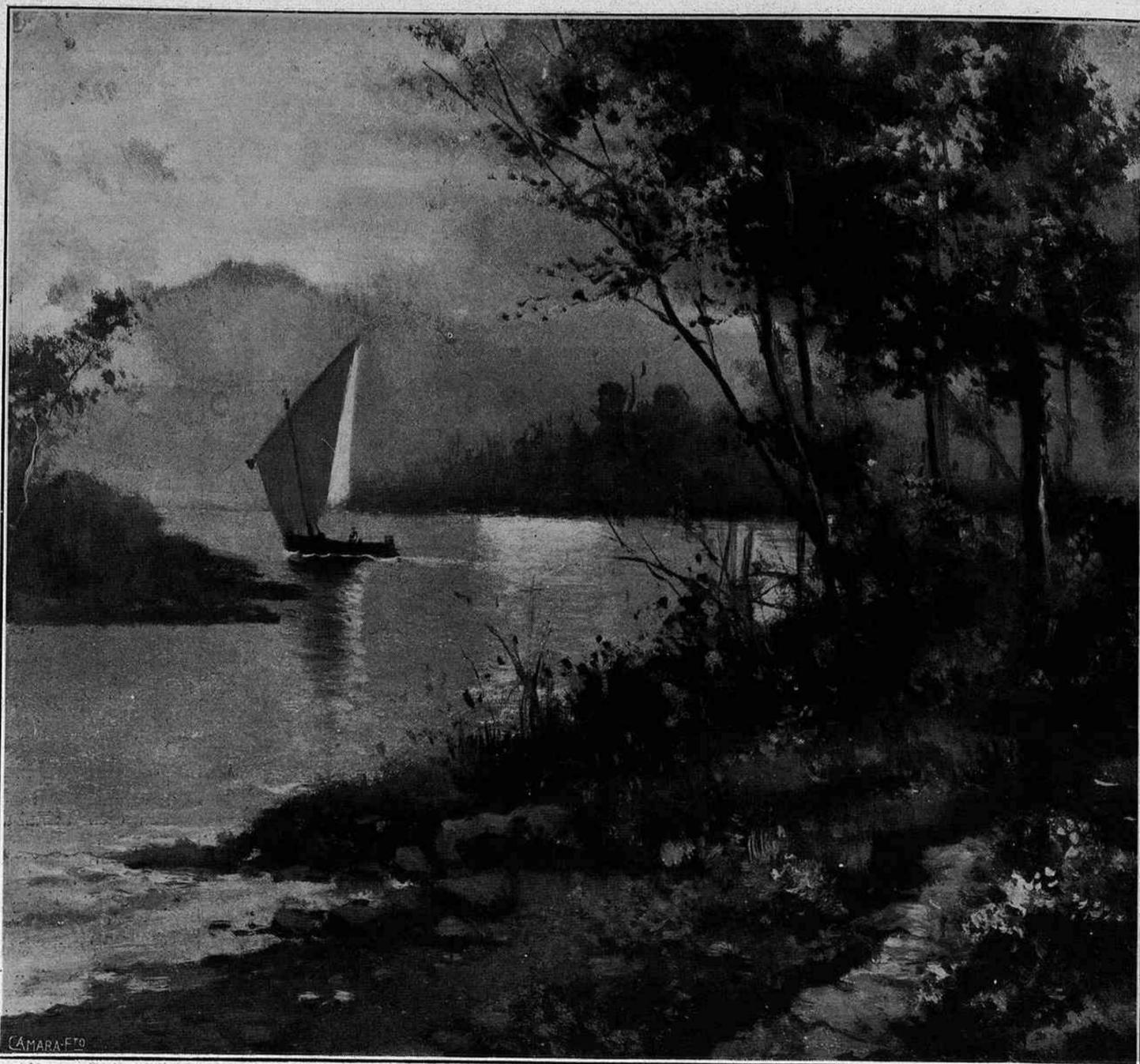
—¿Cómo la cabeza de un indio?...

—Sí, sí; la cabeza auténtica, humana, de un inca que debió vivir hace muchos siglos.

El automóvil llegaba al teatro de la Zarzuela.

EL CABALLERO AUDAZ

PÁGINAS POÉTICAS



CÁMARA-FOTO

EL LAGO DE LOS SUEÑOS

Soñemos, lago encantado;
lago encantado, soñemos.
Tú me darás de tus aguas
el claro y vivo reflejo,
los cambiantes de tus iris,
tus recónditos misterios.
Te dará mi fantasía
todo el poder de su vuelo,
llenando de seres vivos
tu immaculado silencio.
Me refugiaré en tu sombra,
de mi propia sombra huyendo.
Y en tu espesura de siglos
surgirán rumores nuevos.
Soñemos, lago encantado;
lago encantado, soñemos.

Pasan en la tarde quieta,
como de Pöe en un cuento,
tres figuras de mujeres
vestidas de tul de sueño.
Las tres van cantando amores,
pisando, con pies etéreos,
sobre el verde de tu alfombra
que pone en sus pies reflejos.
Avanzan las tres figuras
hacia el centro de tu lecho.
Han penetrado en las aguas
sin mojar sus pies etéreos;
en el centro se detienen
y se esfuman hacia el cielo.
Avanzo al centro del lago
a penetrar el misterio;

sobre las aguas profundas
absorbido me detengo,
y en vano mi voz resuena
en los ámbitos abiertos.
Las figuras han pasado,
como de Pöe en un cuento,
pero dejando en el aire
la sugestión del misterio.

En mi embarcación velera
sopla con rigor el viento.
Doy paño poniendo proa
hacia el poniente de fuego.
Y, como por arte mágico,
las tres figuras de nuevo
aparecen a mis ojos
vestidas de tul de sueño.

Una avanza; luego dice:
—Yo he sido tu amor primero,
ante quien tú deshojaste
tu primer rosa de fuego.
Yo fui tu novia ideal,
que alegró tu primer sueño.
La primera en tu recuerdo,
la que no puede morir...
Yo he sido tu amor primero.—
Y entrecerrando los ojos,
como en deliquio cayendo,
queda flotando, acostada
de las olas en el pecho.

Avanza el barco; en su vela
con más rigor sopla el viento.
Doy más paño; la segunda
figura habla; empieza quedo:
—Quiero traer a tu memoria
de mi pasión el recuerdo,
la tristeza de mis flores
que tú, ingrato jardinero,
regaste mal, ¡no regaste,
más bien dicho, por protervo!—
La figura acusadora
cambiando, airada, el acento,
como una Erinna, implacable,
me señala con el dedo.
En el fondo de mi barco,
circuido por el misterio,
mudo, lívido y atónito,
como ajusticiado quedo.

Por una aureola de sangre
teñido el cutis moreno,
la figura misteriosa,
colocada en tercer término,
caminando a ras del agua,
se acerca y toca mi cuerpo.
Al contacto de sus manos
me parece que despierto.
De los labios de la Erinna
la acusación recogiendo,
suave, armoniosa, doliente,
con voz que es arrullo y ruego,
caricia al par que reproche,

grito de un alma y arpegio,
llora, más que dice, gime
las palabras en el viento:
—Fuiste la cruel vengadora
de ultrajes que no te hicieron.
Bañaste en sangre mi frente
donde ardía el pensamiento.
¡Y aún pretendes en la sombra
do refugiada te encuentro,
insistir en tu castigo
con ademán justiciero!
Fíjate que aquí no puedes
llegar adonde yo llego—,
dice, hundiendo los encantos
de su mano en mis cabellos.

Han cesado las palabras.
Yo los ojos entrecierro
como si fuera a pasar
a la eternidad durmiendo.
Mas de pronto, huracanado,
sopla con furor el viento.
Bajan nubes de la altura
y en ellas estalla el trueno.
El barco loco, al impulso
de todos los elementos,
corre a merced de las olas,
y yo en las olas me pierdo.

ALBERTO GHIRALDO

DIBUJO DE VERDUGO LANDI

DRAMA BREVE

PERSONAJES

Un Poeta.
Una Marquesa.
Un Marqués (marido de la Marquesa).
Gente que baila y pasea.

ACTO PRIMERO

Salón de baile en un gran palacio.—Por la izquierda, una gran puerta de cristales que da al jardín.—Por la derecha, divanes y sillas.

(La gente baila un minueto que una señora toca al piano. En un diván la Marquesa está recostada, sola. Primer término.)

POETA.—Marquesa, observo que os aburrís. Vuestra mano bellísima, que hace unos momentos mariposeaba deliciosamente sobre el teclado del piano, ahora oculta con spleen vuestros bostezos, y á pesar de la sonrisa tan encantadoramente seduciente de vuestro gesto, bien se ve el cansancio de vuestros ojos un poco tristes.

MARQUESA.—Amigo Poeta, es cierto: comienza ya á aburrirme toda esta gente anodina que llena el salón ésta y las otras y todas las noches. Siento deseos de algo nuevo... Me cansa esta vida... A veces pienso que hubiera sido encantador... no sé... saberse emancipar á tiempo. ¡Todo esto es tan estúpido!

POETA.—Y bien, Marquesa; hay que despreciar esto y hacerse superiores en espíritu. Hay que libertarse. Creed que nunca es tarde si llega la hora de la rebeldía.

MARQUESA.—¿La hora de la rebeldía? A veces nos asustamos demasiado de nosotros mismos, amigo Poeta. Estamos tan viciados á vivir con todo ese peso enorme de nuestra esclavitud espiritual, que ya no sabríamos andar sin él. Pero esta conversación es poco amena... No sigamos. Inventad vos, ahora, algo distraído. ¿Por qué no hacéis un drama con dos personajes, así, en un instante? Eso sería tal vez muy divertido.

POETA.—¿Un drama? ¿Un drama divertido en un momento? Marquesa, no me habréis pedido algo imposible? En un momento...; todos los dramas están en todos los momentos; y todos los dramas, ¿creéis que sean divertidos? Marquesa, el drama, el verdadero drama, no lo busquéis; cuando una ilusión fracasa; cuando un deseo no se sacia, un pequeño drama surge siempre sin buscarlo, y es á las veces el drama más doloroso. ¿No se ha roto jamás vuestro ensueño, á pesar de ser tan sutilmente bello y tan impalpable, siempre envuelto delicadamente en la caricia azul de gasa del velo de la Reina Mab? Pues he ahí un drama de una indefinible melancolía... Y me habéis pedido que haga el drama sólo con dos personajes... Sobran personajes... El verdadero drama es tan íntimo, que no puede estar en dos personajes: está sólo en un corazón, y ese corazón es el único personaje...

MARQUESA.—Amigo Poeta, veo que tenéis deseos de divagar. Sin embargo, sería mejor que hiciéseis el pequeño drama que os he pedido, y no os divirtieseis en esa especie de entretenimientos verbales...

POETA.—Señora, me es muy doloroso que penséis así. Mi deseo nunca es otro que saciar el de complaceros. Voy inmediatamente á hacer vuestro drama. ¿Dos personajes?... Indudable-

mente, aquí está la dificultad... Yo voy á ser uno... ¿Si quisierais ayudarme?

MARQUESA.—¿Cómo? ¿Cuál papel será el mío?

POETA.—El que queráis, Marquesa. Yo empezaré, porque empezar siempre es enojoso... Después, no tenéis más que seguir.

MARQUESA.—Vuestra idea, Poeta, es bien digna de vos, por su extrañeza. No me desagrada... Comenzad, que con gusto soy vuestra colaboradora.

ACTO II

Jardín de un palacio en una noche de luna.—Un macizo de rosales en torno á una fuente.—Un sauce inclina su ramaje y hace umbroso el macizo.—A través de la arboleda se ve el salón de baile del palacio, muy iluminado.

MARQUESA.—Poeta, Poeta. Sí, sí; amo mucho, pero no me atrevo. Parece que algo en secreto me dice que no había de ser feliz, y mi corazón teme desoír esa voz que me habla en silencio.

POETA.—¡Oh!, Marquesa... Que vuestro doliente acento es dulce. ¡Y tan bello y tan triste! Marquesa... No os empeñéis en saber el destino de vuestra vida. En cada momento obedeced tan sólo la voz del amor que os llame. ¿Creéis que haya otra manera de ser feliz? (Le tiende la mano por la cintura y la estrecha contra sí.)

MARQUESA.—¡Ah, no he sentido nunca al Amor pasar tan cerca de mí; ¡si pudiera esta noche no terminar nunca!

POETA.—Marquesa, esta noche pasará; todo pasa. Pero algo que esta noche ha nacido en



(La Marquesa y el Poeta, paseando del brazo.)

POETA.—Marquesa, la noche no ha podido ser más propicia á nuestro drama. Y ved que es el jardín mejor escenario que el salón, porque hay en la delicia de esta soledad toda una fiesta de voluptuosidades que invitan á una vida intensa de Amor y Belleza.

MARQUESA.—Sí, yo también me siento más feliz aquí. Parece que mi corazón se abre como ansioso de este aire que perfuman los rosales en flor, y mi espíritu vuela con las alas de los más bellos sueños.

POETA.—Marquesa, temo que si permanecemos aquí nos vean pasear desde el palacio. ¿Queréis que vayamos cerca del sauce, donde la luna apenas si se atreve á enviar su luz? Marquesa... ¡Hay veces que el alma está tan llena de amor!...

MARQUESA.—¿Por qué habláis de amor?

POETA.—¿Creéis que pueda yo hablar de otra cosa á vuestro lado? Esta noche nuestras almas caminan muy juntas; se dirían prendidas en un beso de mudas ternuras, trémulas, sobre lo que hay de misterioso en vuestras miradas. ¡Marquesa! Abrasadas vuestras vidas, ¿por qué no caminar hacia el jardín maravilloso de todos los amores, donde hay un eterno florecer de besos? ¿No amáis vos, Marquesa?

nuestras vidas, ese soplo de amor que ha llegado hasta vuestras almas como en un rayo de luna, tamizado por el ramaje, en cadencia, de este sauce, eso acaso no pase nunca. (La estrecha contra sí, la besa; ella se abandona casi.)

MARQUESA.—¿Qué feliz, qué inmensamente feliz... (De pronto, como asustada.) ¿Habéis oído?

POETA.—¿Qué?

MARQUESA.—Alguien.

POETA.—No, no es nada, no temáis; es el Amor que viene hasta nosotros, á través del bosque, y suspira, rimando rumores. Dadme vuestros labios... Así... ¡Más! ¡Más!

MARQUESA.—(De pronto.) ¡Ah!

MARQUESA.—¡Ah!... (Se desmaya. Acude gente del salón de baile.)

GENTE.—¿Qué pasa?, ¿qué pasa?

MARQUESA.—¿Caballero, mediremos nuestras espadas!...

POETA.—Como gustéis.

GENTE.—¿Qué pasa?, ¿qué ha sido?

POETA.—Nada, señores. Todo es como un cuento. La Marquesa y yo hemos querido hacer un pequeño drama. ¿Comprendéis?

TELÓN

J. CHABÁS Y MARTÍ

DIBUJO DE ESPÍ

LAS JOYAS DE LA PINTURA



FIESTA CAMPESTRE

Cuadro de Teniers, que se conserva en el Museo del Prado



MUNDO FEMENINO
ANNIE VIVANTI PARA LAS MUJERES ESPAÑOLAS

LAS GRANDES ESCRITORAS

MI amiga Esperanza es, como todas las mujeres que valen de veras, idólatra de las que suponen de alguna valía. Y para hacerme conocer á Annie Vivanti, me envía una de las novelas modernas más artística y psicológicamente escrita que podré leer.

Yo había hojeado de prisa *Y divoratori* de esta escritora de primera categoría, cuyos datos íntimos la hacen doblemente interesante y respetable en Letras.

Me propongo recomendar su nombre á la ilustre pléyade de traductores de porquerías literarias, para que dignifiquen el alto oficio de traductor.

Que un autor original sea peor ó mejor, es cosa irremediable; pero, ¿por qué, quien hace su obra de la obra ajena, no ha de poner empeño en importar al castellano autores de fuste en cada género? ¿Cómo se explica que *Il romanzo di María Tarnowska* no se traduzca al español?

ooo

En Italia á esta ilustre novelista se la hizo guerra en campos editoriales y de teatros, se la escamoteó el bombo, y sólo un escritor honrado y de mediana altura literaria, rendido á la evidencia, se lanzó á presentar á Annie Vivanti como una gloria contemporánea.

Entonces Annie Vivanti comenzó á publicar, aunque con cierta timidez.

Un editor habíala rechazado este admirable *Romanzo di María Tarnowska*, porque cierto escritor consagrado le había dicho que era «Literatura de señora».

La Literatura, arte de penetración y detalle, será, con el tiempo, patrimonio de la mujer. Por la parte de oficio de esta Arte madre, la mujer puede ejercerla más fácilmente que la Escultura, por ejemplo.

Además, la mujer conoce más la psiquis del hombre que el hombre la de la mujer, precisamente porque el hombre siempre—y particularmente en el amor—es más sincero.

¿Me atreveré á decir que ciertos escritores, tachados de poco varoniles, han sido los más penetrantes en cierto género de novelas?

El alma femenina es como de arcilla: no pasa una ráfaga sin causarla su rizo ó su grieta...

Hoy Selma Lagerlöf, Annie Vivanti, Berta de Suttner y alguna otra en España, son acabadísimos ejemplos de novelistas á la moderna.

Pero la indiferencia del público y la agresividad de un gran consagrado de la novela y el teatro en Italia, aburrieron de momento á Annie Vivanti, á quien estas y otras pequeñeces acobardaban; y ella misma declara que muchas veces se preguntó en la vida: «Pero, ¿de veras seré yo tonta?»

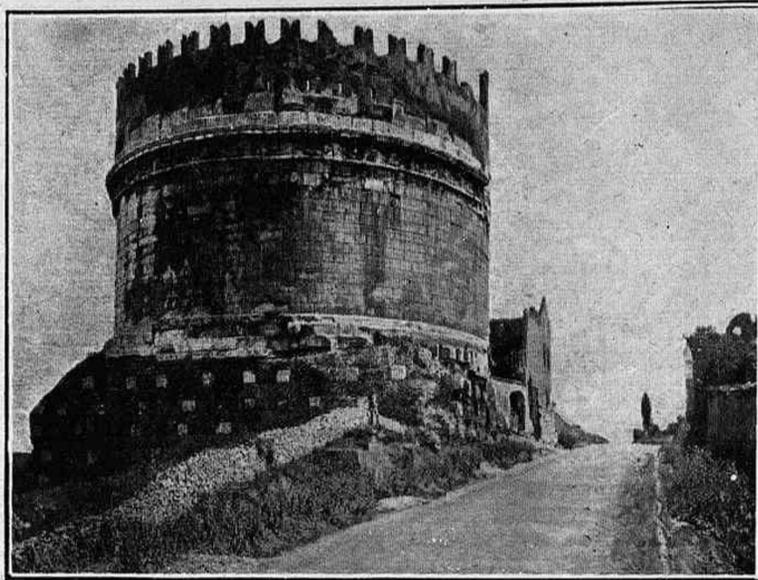
Súbitamente, la hablilla en los cenáculos literarios fué la misma. La opinión se dividía en su parte expresiva. Internamente todos estaban conformes.

Unos decían que era una Carolina Invernizio, es decir, emoción sin arte; otros la consideraban como maestra de la novela contemporánea.

Los rastacueros, que esperaban algo de sus enemigos literarios, sin conocerla, la combatían neciamente.

Pero los artistas de Italia hicieron pronto un pedestal de admiración y de simpatía, sobre el que cimentaron la sólida reputación de Annie Vivanti, de esta espléndida escritora que nos habla del «arabesco de oro de una serpiente en llamas» y de «sentirse vivificada con una fuerza de flor presunta», cuando nos cuenta como un ángel de Boticelli, se endemonia para hacerse tan lasciva y procaz, cual necesita el descarriado marido, ó nos habla de una primavera del espíritu.

El lenguaje de Annie Vivanti es ese de los grandes escritores de expresiones directas; es ese lenguaje preciso y precioso que no logran sino los poetas de alto vuelo; es algo fuera del tópico ambiente, algo inimitable, flúido y robusto al tiempo.



Roma.—La tumba de Cecilia Metella

Y este lenguaje pulido y conmovedor, que es cantata para el oído, es casi siempre lágrimas para el poeta y meditación para todos.

Annie Vivanti se da entera en *Il romanzo de la Tarnowska*. Jamás se atisba esa miseria de diluir. Tras una emoción, otra y otra, y todas nacidas al calor de una espontaneidad enorme, orlada de arte exquisito.

Cuando nos habla de la extraña «Flota de un mar fantástico de morfina, de sangre y de champagne», para pintarnos cierta sociedad rusa, como cuando, graciosa, nos pinta «aquella oreja anidada bajo un rizo castaño», lo hace sin rebuscamiento, porque hace falta allí donde va puesto.

La entraña de *Il romanzo di María Tarnowska* es un girón de realidad, recogido por un espíritu sentimental y fuerte.

Pocas veces se explica mejor un éxito literario que éste continuo de *Il romanzo*, que continúa produciendo ediciones en todos los países.

Sólo aquí, que priva la pornografía y no traducen—excepción casi única el culto Luis Ruiz Contreras; los exquisitos González-Blanco, Ricardo Baeza y algún otro—más que porquerías contrarias á toda moral y á todo arte, esta maravillosa novela ha sido olvidada por nuestros traductores de oficio. En todos los idiomas puede hoy leerse *Il romanzo di María Tarnowska*.

¿Por qué esta misma señora amiga mía, que habla correctamente italiano, no se decide á traducirla?

ALEJANDRO BHER

DEL MOMENTO QUE PASA...

Don Mariano Avellón, presidente de la Audiencia de Madrid, ese gran filósofo-poeta que ha realizado filosofía y poesía en la órbita de acción á que el destino le llevara, dentro



EXCMO. SR. D. MARIANO AVELLÓN

de la secatura de la ley escrita, ha hecho sabiamente una clasificación breve y firme de la mujer, dándola tres categorías, tres tipos de los que dimanar naturalmente los su-tipos que se irradian de todo tipo de la Naturaleza.

Fué en la cárcel de mujeres y ante las reclusas y la representación de todas las Agrupaciones feministas, y fué de ese modo cálido y firme que habla este admirable juez-poeta de los derechos y los deberes de la mujer.

Avellón es sincero; llora la injusticia porque le hiere, y le hiere porque lleva el rojo corazón á flor de pecho, como un blanco, para toda flecha de dolor.

Es un adalid, es un cruzado, á quien alguna maga mujer le inundó de leyenda y alguna santa mujer le bautizó en ritos de equidad.

No tiene hijas, y lo que pide y por lo que batalla es gracioso, gratuito, sin mezcla de impurezas; lo que anhela es en descargo de su espíritu agobiado ante la injusticia y la indefensión. Entre los libertadores de la mujer esclava es, quizá, el más desinteresado.

Su estudio del Código con respecto á la mujer es obra de sabio y de místico.

Don Mariano Avellón habló de hacer algo práctico en honor de doña Concepción Arenal, y propuso una edición de algunas de sus obras.

Yo pido al insigne presidente de la Audiencia el regalo (acepción concreta y justa) de su estudio—ya hecho—que llamé *Reivindicaciones y derechos de la mujer española*, para imprimir una serie de ediciones de lujo y populares, cuyas pesetas (si en esta tierra apática las produce) dedicaré á obras de celo que consultaré con todos los «Padres gordos del Feminismo», y que me bailan una zarabanda en el alma, á pleno sol y en todos mis conticinios y soliloquios.

Don Mariano Avellón es en el feminismo sano—en ese que no puede confundirse con vesánicas ilusiones—el agitador, el revulsionador consciente que obra discreto y no á topa tolongro; es el guía estudioso que sabe embridar con riendas de oro y conoce el mapa que se propone hacer cruzar á las multitudes.

Yo no sé dónde estará escondida la fontana de la gratitud femenil colectiva, cuando todavía no le hemos hecho á D. Mariano Avellón uno de esos homenajes tan cursis y tan tiernos que empiezan con un álbum de firmas, entre las que siempre—¡oh, gratia plena!—hay una ó dos llenas de unción y de sinceridad...

No sé por qué no hemos de decir en público lo que al oído nos contamos todas, en nuestras catacumbas un poco reales y un mucho fantásticas, creyéndonos gacelas perseguidas y palomas aperdigonadas y alicortadas. ¡Nada de todo esto!

En la vida yo he tropezado con muchos señores Avellón—menos diligentes, menos versados, pero igualmente generosos—, y vosotras los habéis topado también y los tratáis quizá; lo que hay es que somos apáticas para sembrar, y preferimos el milagro del maná á la rotura del arado y á la siega; y cuando un espíritu-faro, un hombre así, á lo D. Mariano Avellón, nos enseña el «pez de trigo dorado» que es nuestro, nos acobarda ir á tomar nuestro puñado... No le hacemos coro, no le ofrendamos zalemas de acendrada gratitud: le dejamos aislado en sus generosos predicamentos, y al fin, por resuelto que sea, ha de encogerse de hombros y exclamar:

—¡Cada pueblo tiene el Gobierno que merece! Hacedos merecedoras de desvelos tales; decid que notáis la caridad y recordáis el esfuerzo; ¡alead como jaleáis siquiera al mataor ante el toro, si no sabéis hacer guirnalda de laurel ó mirtos...

¡Pero sed! No os limitéis á meter bulla vana ni justificuéis la frase latina «gentes nacidas para entusiasmos inmotivados.» Entusiasmos con alteza de miras, y, en vez de combinar drogas políticas, con pugilatos de personalidad fuera y feble y falaz, id á recibir, á reclamar, la abundante cosecha de reivindicaciones justas que señalan los espíritus rectos como D. Mariano Avellón, cuya frente quizá ha besado el Espíritu Santo...

DOÑA PAZ

EL CREYENTE



Yo soy creyente en este siglo impío.
Dudad, negad vosotros: cuanto existe,
que ya no exista; con la frente triste
de un dios, el hombre niegue á su albedrío...
Pero ese cielo azul es todo mío.

Vosotros desdeñad cuanto no sea
razón de vuestra omnimoda razón;
dejadme á mí que crea,
que pueda yo tener para mi idea
también razones de mi corazón.

Dejadme defenderme con la fe
de-ser-de-todo-y-del-no-ser-de-nada;
yo sé lo que no sé;
yo tengo mi razón y mi por qué,
y tengo toda duda remediada.

Vosotros apagad, en vuestro cielo
de negación, en vuestro celo impío,
las luces antiquísimas del cielo;
yo mis rodillas hincaré en el suelo,
extendiendo las manos al vacío...

¡Mas he de ser creyente,
creyente mientras piense y mientras viva!
Mientras vosotros orgullosamente
podáis bajar, para pensar, la frente,
yo humildemente miraré hacia arriba.

Quitad de un soplo toda luminaria;
dejadme á oscuras; de mi fe burlaos;
más, en mi vida orante y solitaria,
sabrà llenar la bóveda del caos
mi fórmula de mundos: la plegaria.

Divina es la razón; la inteligencia
bien puede hacer un orbe á su deseo;
pero es exacta, exacta, y su evidencia
jamás me saciará; pero si creo,
veré lo que no veo.

Dejadme que yo sueñe humildemente
mil cosas altas, místicas y bellas,
como la mansa fuente
refleja el cielo azul resplandeciente
y por la noche está llena de estrellas.

José BRUNO

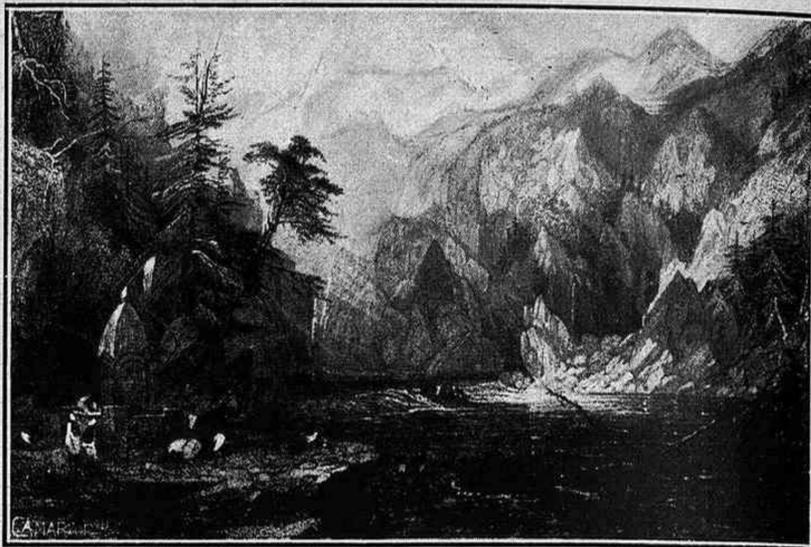
DIBUJO DE BUJADOS

EXPANSIÓN DEL BOLCHEVIQUISMO

LA AMENAZA DEL HIMALAYA ROJO



La fuente sagrada del río Jumna



Las fuentes sagradas del río Ganges

ENTRE las noticias que las agencias telegráficas envían del extranjero, produce un poco de asombro la de que una legación de la Rusia roja ha llegado á concertar un verdadero tratado diplomático con el emir del Afghanistan; no un tratado de paz y amistad, sino un pacto ofensivo y defensivo, cuyo fin es dejar el camino libre para que los propagandistas de Lenine tengan acceso al Himalaya y puedan desde sus cumbres esparcir sobre la India entera sus doctrinas revolucionarias. Se pretende que el Islamismo y el Budhismo se alcen contra la dominación inglesa... Lord Clyve, el comisionista conquistador, el comerciante que entregó á Inglaterra la posesión del enorme territorio indio, se asombraría de ver la evolución realizada en la conciencia de los budhistas. Conoció él la quietud espiritual del incontable pueblo que pudo someter á su antojo con leve esfuerzo. Divididos en castas sociales y en sectas religiosas, la fe en la paz suprema y definitiva de un *nirvana* liberador que, al extinguir la personalidad, acaba con la doliente peregrinación de transmigraciones y reencarnaciones, había contagiado á todos los indios. A pesar de la supervivencia del bramismo y de la difusión creciente del mahometismo; á pesar del estímulo y ejemplo de los europeos, la doctrina de Budha ha paralizado durante muchos siglos todas las energías de la raza. Todavía hace veinticinco ó treinta años, cuando Inglaterra organizó los Municipios y los puso en manos de los indigenas, se resistían éstos á aceptar la designación para los cargos comunales mediante el sufragio de sus conciudadanos. Era preciso que la autoridad inglesa los nombrara y los obligara á aceptar. Pero desde aquella fecha la transformación del espíritu pú-



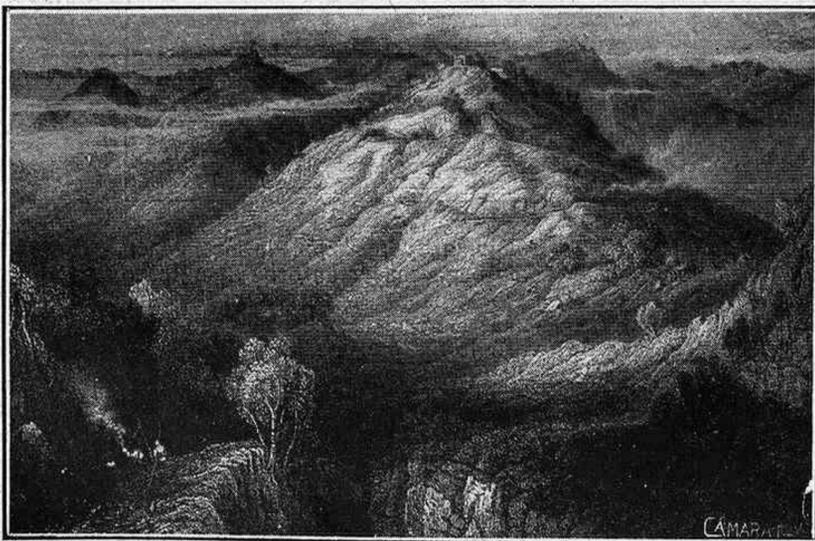
La hija del Schah Jehan, segundo fundador de la ciudad de Delhi
(Estampa del siglo XVII)

blico se ha realizado con rapidez sorprendente. El barón de Hubner aseguraba en 1884 que Inglaterra no tenía que temer en la India á ningún enemigo; sólo debería temerse á sí misma ..

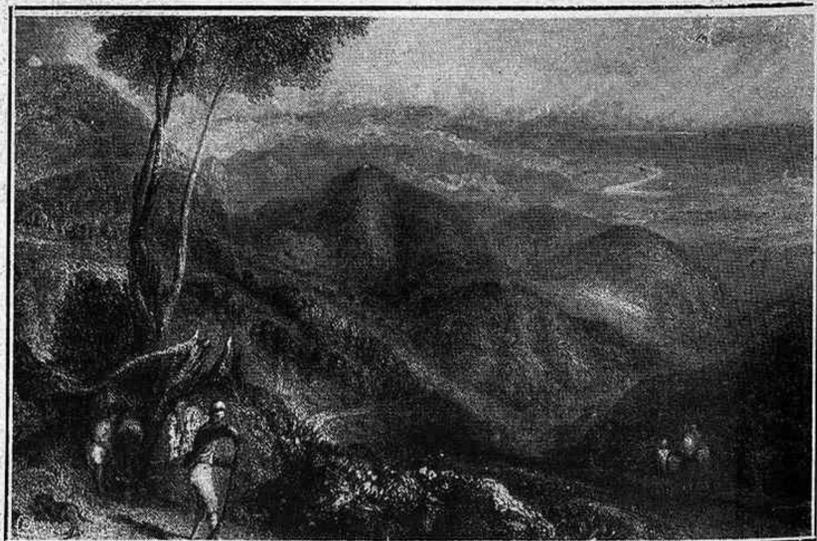
Desde entonces hasta hace cinco años la quietud del indio había sido sobresaltada por los problemas políticos que han agitado á todas las colonias. Finalmente, había compendiado todos los ideales del indigena una paráfrasis de la doctrina de Monroe: «La India para los indios»; no satisfaciendo á los más exaltados nacionalistas las extremadas fórmulas autonómicas con que viven Australia, Canadá y la Unión Sud-Africana, donde, en realidad, no hay un problema de raza.

Pero lo que ahora quieren llevar los propagandistas de Lenine; lo que van á dejar pasar libremente los afghanos, no son problemas políticos ni de organización administrativa, sino las tremendas inquietudes de una sociedad y un mundo enteramente nuevos. El comunismo va á apoderarse de las cumbres del Himalaya.

No tenemos idea los europeos de lo que representaría un levantamiento de aquel pueblo. La península gangeática encierra una población algo mayor que la de toda Europa. A pesar de las epidemias, de las fieras innúmeras de los bosques, de las matanzas políticas y religiosas, del horror búdhico á la sensualidad, hay en la India cerca de trescientos millones de habitantes. Es cierto que lord Clyve redujo á la obediencia á Inglaterra esta muchedumbre, apenas sin soldados, apenas sin armas, con un puñado de aventureros y un cargamento de baratijas; pero, entonces, la India parálitica esperaba su liberación de su fe religiosa. Aunque hubiese tenido cau-



Montañas del Himalaya

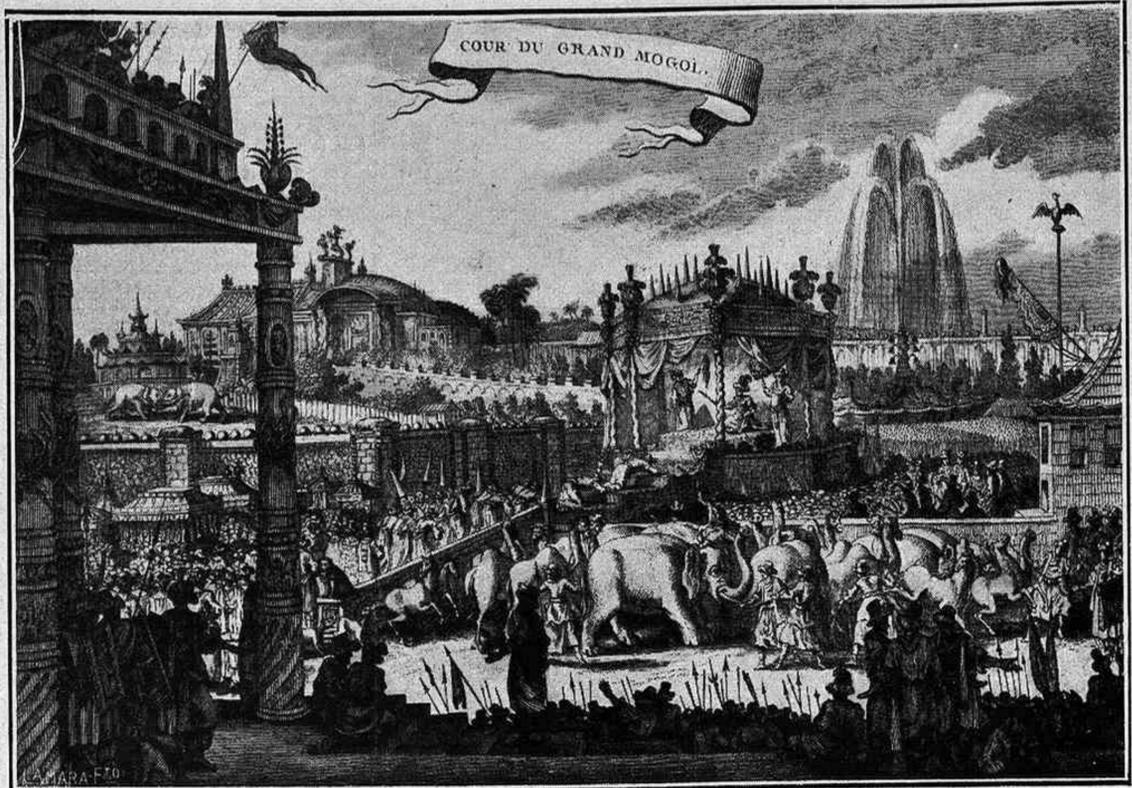


Valle del Dhoon, en el Himalaya

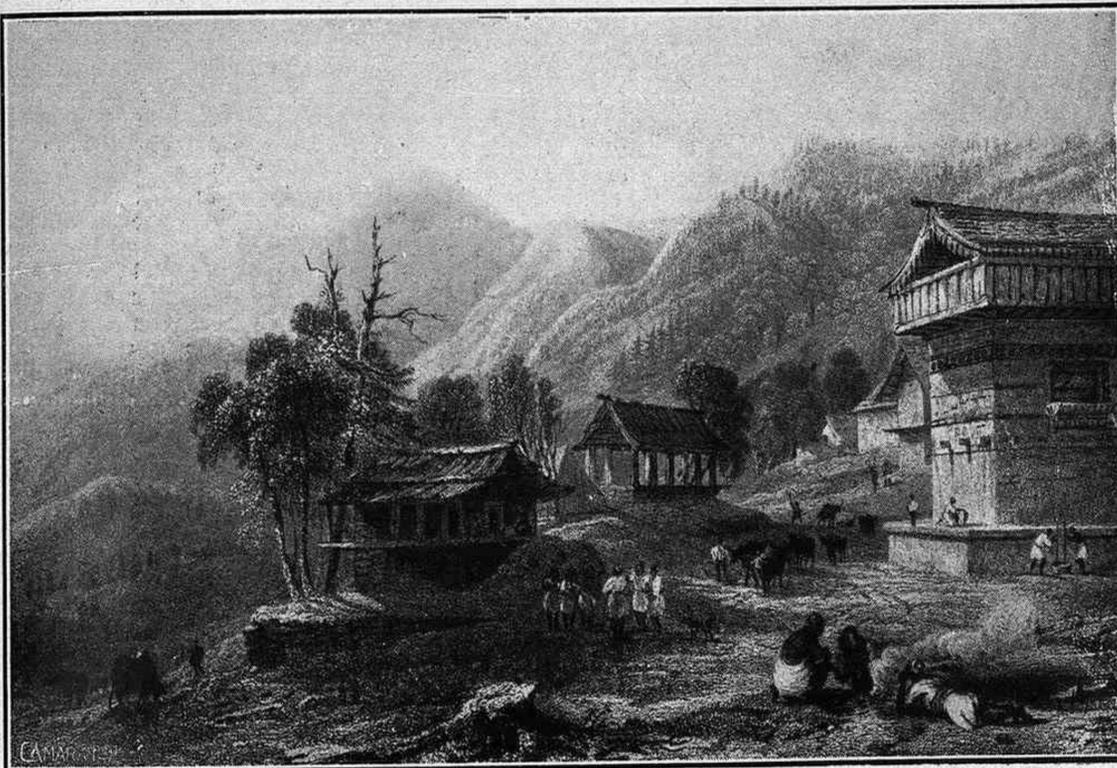
dillos se hubiera sometido, porque no había en su mente ningún ideal.

Pero la empresa de despertar al titán es tan gigantesca como él mismo. Aun suponiéndole dispuesto á aceptar el ideal nuevo; aun aceptando que los rajahs y reyezuelos y bramahnes, vendidos á Inglaterra, no pudieran contener el desbordamiento del pueblo, la empresa de conducir al ejército rojo desde Rusia hasta escalar la cordillera que separa á la India del resto de Asia, parece imponderable en estos tiempos. Aníbal ó Napoleón podían escalar los Alpes, porque los soldados de aquellas edades no tenían idea de otros más rápidos y cómodos medios de transporte; pero los ejércitos actuales, por rojos y revolucionarios que sean, no están preparados para esas fatigosas peregrinaciones. Aparte esta duda de la posibilidad de escalar el Himalaya, para desbordarse desde allí hacia el Sur, hacia Oriente y hacia Occidente, no parece imposible que en la India prendiera la revolución rusa.

Más fuerte que el dominio inglés y que la actual organización política de la India, donde la raza indígena cree que un invasor detenta su soberanía, era el Imperio del Gran Mogol, aunque hasta nosotros haya llegado su grandeza á través de la historia apasionada, de la zárzuela bufa y de la novela festiva. Desde Delhi, la capital fastuosa y rica, se regía un Imperio mayor que Francia y Alemania juntas. No en lejanías históricas que dejen resquicio á la incredulidad, sino en época bien cercana, á fines del si-



La Corte del Gran Mogol, según una estampa del siglo XVII



Khandoo, aldea en el Himalaya

no se reflejara en la tierra y no atrajera sobre ella la maldición de los dioses...

Un tratadista político, ó un sociólogo, pretendería deslindar en esta posible revolución lo que había en ella de peligro para Inglaterra y de peligro de repercusión para Europa. Ciertamente, Inglaterra no se resignará jamás á perder su admirable dominio; admirable, por su extensión y por su situación geográfica; admirable, por sus riquezas incalculables y por su influencia racial y religiosa. Para Inglaterra, la India es lo que el almacén para una casa de comercio: depósito enorme de primeras materias, cuya producción actual no representa aún la veintava parte de lo que puede llegar á ser, y á la vez mercado consumidor de productos manufacturados, cuya capacidad creciente asegura para siglos los más extraordinarios desenvolvimientos de la industria metropolitana. La puerta abierta de la India, y su dominio comercial, es en la City londinense una corriente de negocios tan intensa é impetuosa, que sin ella toda la economía británica dejaría de existir. Para Europa, el problema no tiene esa significación. Sin embargo, el día que la India se liberara y se estrecharan sus manos con las del Japón y las de China, el predominio europeo comenzaría á declinar.

Como en edades casi prehistóricas, Asia aparecería siendo guía de la Humanidad.

AMADEO DE CASTRO

glo XVIII, cuando en España reinaba Carlos IV, bastó para destrozarse aquel gran Imperio que Nadir-chah lo invadiera con sus montañeses. Cuando el Gran Mogol quiso reunir los contingentes del Imperio para contener la avalancha arrolladora, se encontró con que los soubahs y los nababs se sublevaban y declaraban independientes las provincias que regían. Además, los reyes feudatarios de Kabul y del Masur, los Seikhs, los Maratas, el Nidzan y, al cabo, la Compañía inglesa de Comercio—que era, en suma, la organizadora de aquellas deserciones, de aquel deshacimiento—, se pusieron en frente del Gran Mogol y le dejaron, aislado é indefenso, ante las hordas montañesas que bajaban de Khandoo, de Kursalé, de las fuentes sagradas del Ganges y del Jumna.

Al cabo, Inglaterra pudo resquebrajar aquel Imperio, porque llevó con su Compañía de Comercio á aquellas tierras, y con su competencia con portugueses y holandeses, los gérmenes de una serie de problemas económicos que pusieron de su parte á los príncipes y á los gobernadores. Y ahora también, la repercusión de los problemas económicos que acongojan á Europa pone en riesgo la paz de la Península gangetica, con la diferencia de que los llamados desde las cumbres del Himalaya no son los tiranuelos y los señores, sino los millones de parias que antaño no se atrevían á atravesar los campos, sino en las noches sin luna, para que su sombra



Kursalé, ciudad en el Himalaya

EL ALPINISMO EN MADRID

La conquista del Guadarrama



J. Matamoros

CADA invernada aumenta en España el número de los aficionados á los deportes en la nieve. La Sierra del Guadarrama, hasta hace pocos años desconocida de los madrileños; temida y odiada porque en sus peñascales se engendraba el aire sutil que mataba á los cortesanos con la traicionera pulmonía; talada implacablemente por leñadores y piconeros; poblada solamente de unas miserables aldehuelas, comienza á ser el encantado parque donde los madrileños acuden en busca de oxígeno para sus pulmones y de glóbulos rojos para su sangre. La invasión de la Sierra, la conquista de la Sierra es, sin duda, la prueba más cierta del enorme progreso de la vida madrileña. Señalemos el hecho de que en Barcelona se produce un fenómeno semejante. No bastan á la gran urbe los montes pintorescos que la rodean, y en lo más crudo del invierno acude á las cumbres pirenaicas, habiendo hecho de Rivas y otros lugares centros de deportes tan animados, tan pintorescos, tan higiénicos como puedan serlo los más famosos ventisqueros y cimas de Suiza.

La propaganda alpinista en Madrid es de una enorme importancia, porque ha sabido unir á la obra de higiene, de gimnasia y de placer, un propósito de difusión de cultura, que produce revistas gráficas encantadoras; que da conferencias en el Ateneo y en otros centros; que hace un arte de la afición al paisaje, y que estimula á estudiar científicamente y artísticamente los infinitos aspectos que ofrece la Naturaleza á cuantos espíritus observadores quieren convivir con ella.

Ciertamente que los deportes de la nieve en Madrid tienen un límite, porque es relativamente reducida la zona de la Sierra donde pueden ejercitarse, y porque no puede llegarse en ella á la larga duración que alcanza el período invernal en países de más baja temperatura; pero se suple ello con el entusiasmo y la fe que la juventud madrileña pone en esta obra de sanidad del cuerpo y del espíritu.

En estas mismas páginas se ha enaltecido en diversas ocasiones la conquista de la Sierra, como empresa local que debería emprender el Municipio. Muchos arduos problemas de la vida madrileña podrían resolverse con ello. En Francia se extiende ya, por muchos departamentos cercanos á la cordillera, una asociación escolar que lleva el nombre de *Hijos de la montaña*. Cada Municipio asociado, con recursos de su presupuesto ó con donativos

y suscripciones, ha hecho construir entre los bosques, cubiertos de nieve, refugios para los niños de sus escuelas públicas. Durante el invierno, colonias escolares, seleccionadas por los médicos, van á residir en estos refugios, donde continúan los maestros dando las enseñanzas que daban en sus aulas. Los días festivos suele llevarse á la Sierra á todos los escolares. La Municipalidad misma de París envía cada año centenares de niños pretuberculosos á vigorizarse en los deportes de la nieve y á respirar el aire embalsamado de los pinares.

Así, pues, lo más importante de esta difusión del alpinismo estriba en su vulgarización, en su democratización. Es una empresa de regeneración de la raza el propalar que los deportes en la nieve no constituyen un vano entretenimiento de señoritos ociosos. Ciertamente que en los países característicos de nieve se congregan los aristócratas y los enriquecidos, y convierten esta obra de higiene en placer de elegidos, en la *saison* de un gran mundo al que sólo puede llegarse por raíles de oro; pero en esas mismas naciones, el pueblo goza los mismos placeres y tiene los mismos entretenimientos.

Para la difusión del alpinismo en Madrid; para que el ir á la Sierra sea preocupación y anhelo de todos los madrileños, no falta más sino que sea fácil y económico el acceso á los picachos del Guadarrama. Es esa la empresa que debiera acometer el Municipio madrileño, ó acaso la Diputación provincial, que debiera aspirar á algo más que á poseer una monumental plaza de toros. Ya en España hay una Diputación provincial que posee un ferrocarril, y saca de ello saneados ingresos. Ferrocarril eléctrico ó tranvías, cremalleras ó funiculares, se transformaría la vida de Madrid, si cada media





hora pudiera salir de la Puerta del Sol un convoy que nos llevara hasta las lindes de la Granja, y nos permitiera recorrer, cómodamente instalados, costando solamente unos céntimos, el encantado paisaje, que apenas nadie conoce, de las vertientes de nuestra Sierra admirable.

Turismo barato, turismo para todos, los pueblecitos cercanos se verían convertidos en barriadas de la capital; alrededor de las estaciones, apeaderos y paradas que tuviese el ferrocarril eléctrico ó tranvía, se irían formando colonias, donde los torturados vecinos de Madrid encontrarían automáticamente resuelto el problema de la vivienda barata; sería posible el acceso á la capital de muchas mercaderías que hoy vienen encarecidas por la carretería que las conduce, y los niños de las escuelas podrían ir gratuitamente á recobrar, jugando sobre la



nieve y respirando el oxígeno de las cumbres, la vitalidad que sus engendadores no pudieron darles.

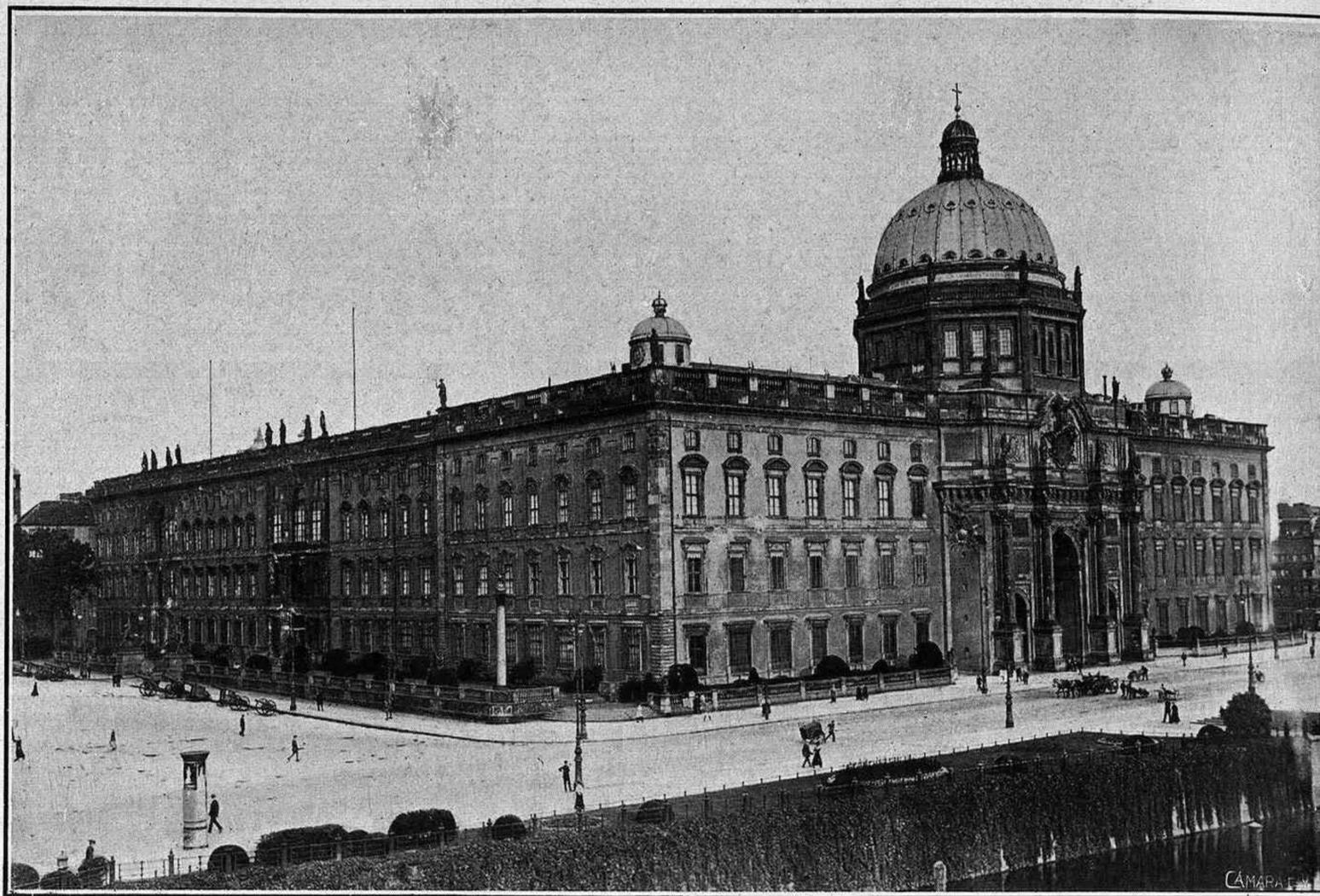
Así, apetece la conquista de la Sierra y su colonización, para salud del pueblo madrileño, y por eso creemos que es una obra municipal, una empresa local cuya realización corresponde al Ayuntamiento de la corte.

¡Bien haya el ocio de los ricos, que quiso hacer del Guadarrama un campo de deportes, á imitación de los de Suiza ó Dinamarca, Escocia ó Suecia, porque ha sido el precursor del anhelo que siente Madrid de conquistar su espléndida Sierra para los trabajadores, para la clase media, para los pretuberculosos, para cuantos necesitamos recuperar las energías que perdemos en la dura lucha del vivir en la ciudad populosa y en los tugurios sin sol y sin aire!

Martín ÁVILA

DESPUÉS DE LA EPOPEYA

La transformación de los reales palacios alemanes



No pudo soñar el ex Kaiser que su viejo palacio real é imperial, imponente con el prestigio de su antigüedad y su grandeza, llegara á convertirse en una dependencia del Estado. Por la misma galería donde el desterrado de Amerongen paseó sus ensueños de gloria contemplando el retrato de Napoleón hecho por David, hoy discurren, camino de sus negociados, los oficinistas de la nueva Alemania...

PARECE que aún perdura en el mundo la trágica locura delirante que fué azote y epopeya de los humanos durante más de cuatro años. La *post-guerra* es torrente convulsivo, en cuyo impetu naufragan ideas, hechos, hombres y razas. Rusia flamea en roja antorcha revolucionaria, inundando el mundo de sangrientos resplandores, á cuya luz purpúrea se alzan en masa los pueblos y un vértigo renovador agita todas las conciencias...

Todas las cosas y las ideas de ahora exhalan aún trémulos vagidos y balbuceos incoherentes; tienen la exaltación instintiva y brusca de lo acabado de nacer... Todavía sobre las campiñas europeas están patentes las huellas del frenético galopar de los cuatro caballos apocalípticos, y lejos de rimar la calma solemne y pavorosa del luto y la quietud que siguen á la muerte, cada

día es más intensa la vibración de las almas y más crueles las luchas y más vertiginosa la marcha del mundo...

No duran nada los hombres ni las teorías, arrebatados por la vorágine del momento. Lo actual es una inmensa hoguera donde todo se consume con trágico crepitar... Se derrumban las más sólidas instituciones; envejecen las leyes, pasan los hombres, tan pronto en la cumbre dirigiendo á los pueblos como inmolados por la homicida indignación de las muchedumbres... Caen derrocadas las viejas estatuas gloriosas, para con su bronce fundir el pedestal de un nuevo ídolo...

Y de esta transformación, que todo lo sacude, no se libran ni la tierra misma, ni las ciudades, ni las casas, ni los símbolos materiales, albergue de los viejos poderes tradicionales...

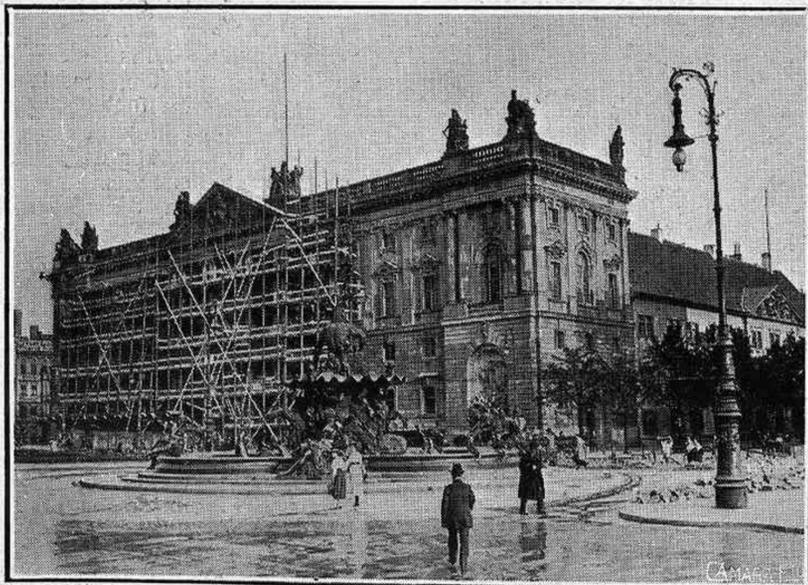
Tal sucede ahora en Alemania; en la Prusia

vencida que quiere arrojar de sí el estigma originario de la catástrofe, abriendo los brazos y las almas á las hordas rojas de los rusos rebeldes, á los nuevos ideales que, una vez más, se brindan á los hombres como panaceas redentoras...

La nueva Alemania, la que después del desastre se incorpora despojándose de toda culpa y proclamando como un reto su derecho á la vida, quiere borrar de ante sus propios ojos todo rastro de la raza pretérita; de aquélla cuyo delirio sangriento y guerrero arrastró al mundo á la hecatombe...

Es la nueva Alemania, que reforma todo su régimen político y social, la que quiere trastocar también el significado de los símbolos de antaño.

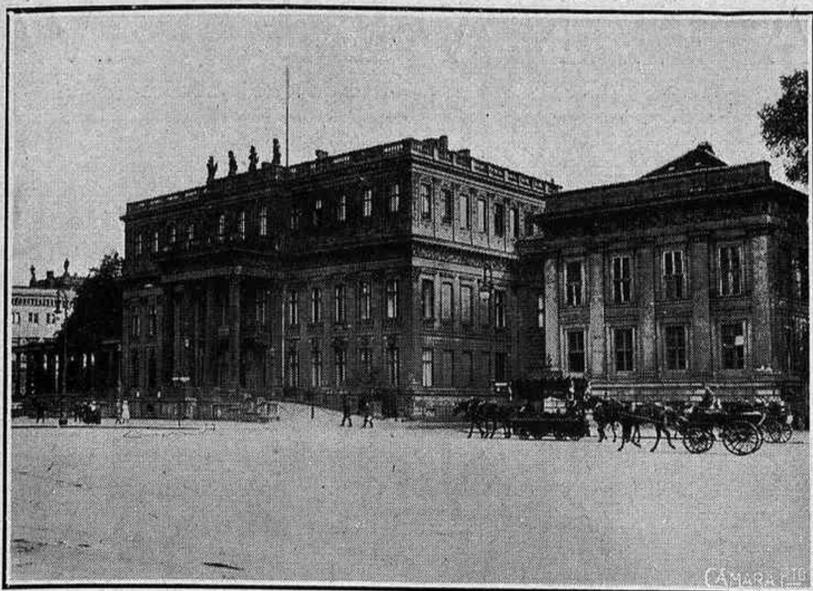
El pueblo, que renace, se ha incautado de to-



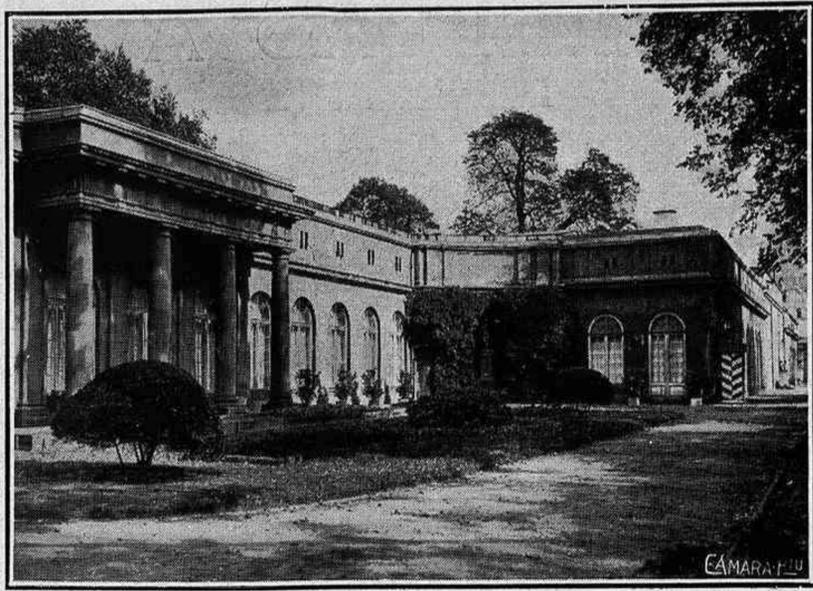
Diferentes servicios administrativos del nuevo Estado alemán ocupan hoy las vastas dependencias de las antiguas caballerizas imperiales



El palacio del Príncipe Augusto Guillermo ha sido alquilado al Imperio para servicios del Estado



En el palacio donde el ex Kronprinz reunía su corte de oficiales, que inflamados de pangermanismo se aprestaban á la conquista del mundo, hoy está instalada una Central de Policía y se celebran Exposiciones de pintura, mientras en la parte de la regia mansión, antes destinada á las Princesas, habitan ahora buenos burgueses de Berlín



El famoso castillo de Monbijou, que fué creado residencia regia por el almirante Príncipe Adalberto de Prusia, y cuyo parque se reputa uno de los más hermosos del mundo, sirve ahora para Museo de Artes modernas, y en su salón más suntuoso se ha montado el escenario de un teatro municipal

dos los reales palacios alemanes, invadiendo los edificios que fueron antes reductos inviolables de la soberanía, donde un poder egolátrico bastaba para ordenar la muerte y la guerra...

Ved la nueva suerte del viejo palacio real é imperial, donde el ex Emperador de las bélicas arrogancias tejió las urdimbres de sus ensueños ambiciosos...

Desde el siglo xvii, en la plaza de Lustgarten, de Berlín, erguiase la pétrea mole del palacio imperial, como un emblema del Poder.

Bajo su pórtico, reproducción del arco de triunfo de Septimio Severo en Roma, han desfilado todas las grandezas de la Prusia; el trono de plata de su *Sala de los Caballeros* engendró cien guerras, y de la sala blanca de las deliberaciones, donde las estatuas de los doce electores de Brandeburgo y los ocho de Prusia se yerguen entre columnas plateadas, estuvo pendiente muchas veces la atención y la paz del mundo.

¡Cómo lo que resistió incólume y respetado á la acción de los siglos se ha transformado en unos meses!

No pudo soñar el ex Kaiser que su viejo pa-

lacio real é imperial, imponente con el prestigio de su antigüedad y su grandeza, llegara á convertirse en una dependencia del Estado. Por la misma galería donde el desterrado de Amerongen paseó sus ensueños de gloria contemplando el retrato de Napoleón hecho por David, hoy discurren, camino de sus negociados, los oficinistas de la nueva Alemania...

Igual suerte han sufrido las demás residencias reales. En el palacio donde el ex Kronprinz reunía su corte de oficiales, que inflamados de pangermanismo se aprestaban á la conquista del mundo, hoy está instalada una Central de Policía y se celebran Exposiciones de pintura, mientras en la parte de la regia mansión, antes destinada á las Princesas, habitan ahora buenos burgueses de Berlín...

... El famoso castillo de Monbijou, que fué creado residencia regia por el almirante Príncipe Adalberto de Prusia, y cuyo parque se reputa uno de los más hermosos del mundo, sirve para Museo de Artes modernas, y en su salón más suntuoso se ha montado el escenario de un teatro municipal, mientras que diferentes servicios administrativos del nuevo Estado alemán ocupan

hoy las vastas dependencias de las antiguas caballerizas imperiales, donde piaban los potros de guerra de Guillermo II...

ooo

De ese pueblo que renace de entre el desastre y la tragedia; de esa Alemania que se renueva anhelando una era de paz, de libertad y de justicia, es tal vez el más bello episodio éste del nuevo destino que ha dado á sus palacios.

En las mansiones donde se albergó la fuerza y la ambición, y en las que se fraguó la guerra maldita, estéril y cruel, hoy se forman hogares humildes y se instalan Museos. En las dependencias imperiales, las familias engendrarán otros seres que lleven en el cerebro y en el corazón las nobles semillas de unos nuevos ideales más humanos, y los artistas animarán con sus magas creaciones las solemnes estancias del Poder...

Y así el pueblo—en nombre del Arte inmortal, que es bien y es belleza, y de la vida, que es fecundidad y paz—redimirá á los viejos palacios de todos sus soberbios pecados de antaño...

JULIÁN FERNÁNDEZ PIÑERO



El castillo de Charlottenburgo, en el cual se ha instalado una enfermería y algunos servicios benéficos

FOTS. JHONSON

QUERELLAS Á UNA DAMA ESQUIVA



Señora altiva de los ojos grandes,
y el rostro regio, y el perfil etrusco;
ante la luz de tu mirar me ofusco,
como ante España el indio de los Andes.

Jamás consigo que á mi amor te ablandes,
y por borrar tu sombra, en vano busco
—¡bendito golpe del venablo bruceo!—
perder la vida en Nápoles ó en Flandes.



Y aunque anhele morir por Marte herido,
caí bajo la flecha de Cupido,
que, tenso el arco, desde tu ventana

me hirió á traición... con el puñal sin hoja
del verso rojo de tu boca roja
como mi airosa capa veterana.

Juan G. OLMEDILLA

DIBUJO DE OCHOA



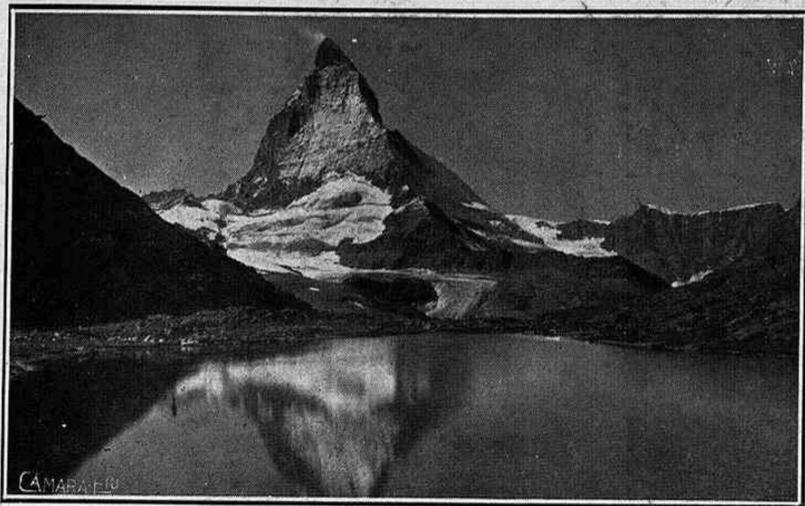
CONTRA PEREZA.....
JABÓN HENO DE PRAVIA

1,50 la pastilla en toda España
PERFUMERÍA GAL

MADRID



ZERMATT. - El paraíso de los Alpes



El lago de Riffel y el Monte Cervino, en Zermatt



Un aspecto del viejo Zermatt

Lo que va de ayer á hoy. Hace poco más de un siglo era Zermatt un villorrio inexpugable. Frente á sí tenía ese maravilloso Monte Cervino que nadie había escalado aún. Cuando se presentó, en 1793, el naturalista ginebrino Horacio de Saussure con una caravana de guías y silleteros, sembró tal pánico su presencia, que los montaraces lugareños zermattenses se negaron á suministrarle víveres; y si aquel pacífico naturalista no hubiera usado de la fuerza y la amenaza, se habría muerto de hambre allí. Aun medio siglo después era preciso llevar una buena recomendación para el párroco, si se quería obtener albergue y provisiones en aquellas alturas.

El año 1839 es decisivo en la historia de Zermatt. Un osado negociante arriesga su reducido caudal instalando allí el primer hotel, que al principio sólo tenía tres camas, para uso de turistas intrépidos. Otros hoteleros ampliaron el negocio. El Monte Cervino, por su parte, contribuyó á la celebridad de Zermatt, puesto que este pueblo era el punto de arranque para ascender á aquel pico. Y poco á poco irradió una celebridad hasta entonces inédita. Un ferrocarril de cremallera redujo á dos horas el trayecto que antes debía hacerse á lomo de jumento, desde el borde del Ródano, por el valle del Viege, invirtiendo veinticuatro horas. Sucieron á las casas de madera otras de ladrillo; al modesto albergue inicial, hoteles que compiten con los mejores de Ostende ó de Niza; á los naturalistas ávidos de curiosidades, los millonarios muertos de *spleen*. Y aquel villorrio, encajonado entre montañas y tocado con la caperuza de nubes ó nieblas que nadie conocía hace un siglo, como no fuera un doctísimo geógrafo, luce hoy el semipoético y semibíblico nombre de «Paraíso de los Alpes», con que se le bautizó no sé cuando ni sé por quién. Y van ahora á Zermatt naturalistas y alpinistas. Y van también fastuosos aristócratas ó acaudalados burgueses, ansiosos de hallar, en pleno estío, una fresca termométrica que las playas más renombradas no les pueden ofrecer.

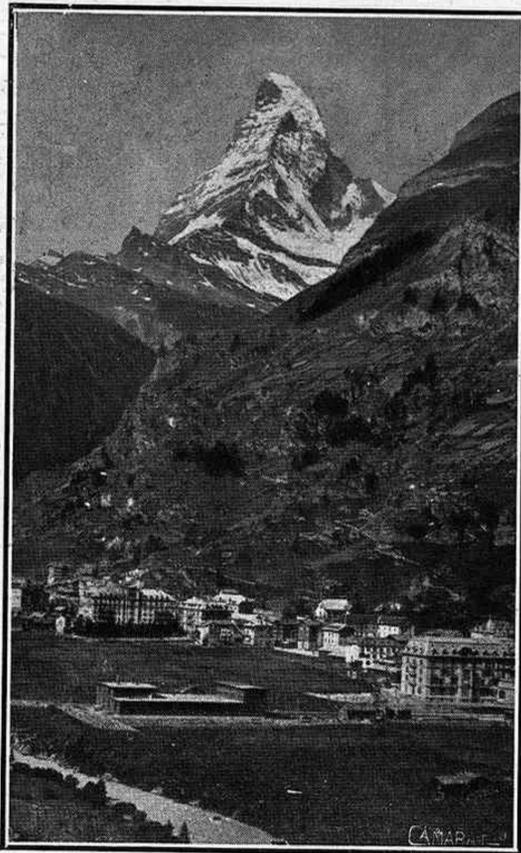
Si por todas partes se va á Roma, á Zermatt, por el contrario, bien puede decirse que sólo se va por una, y esta una es el valle del Viege. ¡Bello valle éste, que á ratos se permite el lujo de ensanchar su estrecha garganta! Corren por él, siempre cuesta abajo, siempre saltarinas, transparentes, espumosas y frías—hasta que el otoño las hiela prematuramente—, las aguas del río Viege. Son sus laderas ingentes montes provistos de torrenteras descomunales ó de cataratas graciosas, á cuya formación contribuyeron glaciares y aludes. Desfiladeros y angosturas, picachos y abismos, evitan monótonas uniformidades. Tras estos antemurales se destacan, en segundo término, cimas nevadas. Y en el fondo aparece, á ratos, el Monte Cervino, ejerciendo una atracción magnética si las nubes ó las nieblas no lo ocultan, como suele suceder.

Antes de que por aquí corriese el ferrocarril, era San Nikolaus punto obligado de reposo para los ascensionistas; y sus vecinos, siempre prácticos, se oponían tenazmente á la construcción de una carretera, porque se ganaban mucho di-

nero trabajando como arrieros y guías. La civilización segó en flor una industria local al facilitar las comunicaciones, merced á aquel simpático cremallera.

Todo aquél que lo toma para subir á Zermatt ha de pasar por Randa, un pueblecito cuyo nombre parece arrancado al lenguaje de la germania española y que se halla emparedado entre dos pueblos de denominación netamente germana: Herbriggen y Täsch.

La estación de Zermatt es una «monada». Desde ella se va al viejo Zermatt, pasando por el nuevo Zermatt. Porque los Zermatt son dos:



El moderno Zermatt, con el Monte Cervino al fondo

uno que me permito llamar «blanco», no obstante sus tonalidades grises, y otro que me complazco en llamarlo «negro», no obstante sus salpicaduras claras.

El Zermatt blanco se extiende en línea recta á los bordes de una calzada. En él hay cuanto puede apetecer un cosmopolita mundano: hoteles con pararrayos eficaces, bazares con artículos para regalos, librerías donde se ven obras en francés y en alemán, en español y en ruso; quioscos donde asoman periódicos escritos en variadísimos idiomas, jardines perfumados, doncellas perfumadísimas.

El Zermatt negro apelotona una iglesia con su campanario, un Municipio con su escuela comunal y unas casitas de madera, sostenidas sobre pilotes, como los hórreos asturianos,

en calles que no lo parecen; pues todo tiene aquí cierto aire de nacimiento infantil, aunque sin sagrada familia ni reyes magos. En este pueblecito, que para ser un paraíso alpino no le falta ni su Eufrates, pues el Viege desempeña tal función, no hay arquitectos. Como todas las casitas están hechas con tablas de pino, la carpintería suplanta á la arquitectura.

Pero estas casitas, con las humedades, las lluvias y las nieves, dan una solemne impresión de vetustez inútil, y todo hace suponer en el Zermatt negro que el villorrio se cae de puro viejo y que sus moradores, tan viejos como él, no lo levantan por falta de fuerzas. Y se disculpa todo: los tablones que no ajustan, las ensambladuras que no ensamblan.

La decoración de mi aposento es sintética. Si me asomo á la ventana presiento el esplendente paisaje, oculto por nubes y nieblas de día y de noche, tras la colección de moradas dispersas caprichosamente. Si vuelvo el rostro al interior presentanse ante mi vista un lecho, una mesilla y un lavabo modestísimos, y en la pared, encima de la cabecera, una litografía que me hace olvidar esta tarde lluviosa, este frío penetrante y estas montañas eternamente nevadas, al mostrar, bajo un cielo rojo, una calle con palmeras y camellos y un rumboso edificio que sería enigmático para muchos si no diesen la solución estas palabras aclaratorias: «Hotel Semiramis de El Cairo.»

Paseando por el blanco Zermatt, entré en el Museo Alpino. Otra «monada», como el ferrocarril, como la estación, como las casitas que pregonan su pequeñez en medio de tanta grandeza majestuosa. Porque aquí lo sublime es la obra de la Naturaleza, y lo ínfimo la obra del hombre. En las estanterías y vitrinas hay minerales inertes, animales disecados y recuerdos de alpinistas que perdieron la vida al intentar una ascensión ó al hacer el descenso. Una bota, un trozo de cuerda, unas páginas de brevario que se pudieron salvar, cuentan el trágico fin de sus antiguos poseedores.

Cerca veo una fotografía. Pienso que su dueño podría hacer propaganda y ganar clientela si repartiase anuncios redactados del siguiente modo ú otro semejante: «¡Alpinistas! Un consejo útil y gratuito os quiero dar hoy. Antes de emprender una ascensión á cualquiera de las peligrosas cumbres que rodean á este pintoresco «Paraíso de los Alpes», posad ante el fotógrafo. Si tal hacéis y morís en la caminata, los que supervivan podrán mirar, compasivos, vuestras efigies en el próximo Museo Alpino, todavía minúsculo, que, merced á vuestras contribuciones, podrá ser mayor cada vez.»

A continuación me invitan para hacer una ascensión; pero tengo tan recientes estas impresiones, que desisto en absoluto. No aspiro á la inmortalidad que conquistaría con la exhibición de un calcetín mío en el Museo Alpino de Zermatt. Y prefiero pasar por Randa, camino del Ródano, llevando la alegría de pensar que, por esta vez al menos, aquel Museo Alpino se ha quedado sin una reliquia de este turista español.»

José SUBIRÁ



Limpie y enjuague su boca con los

DENTÍFRICOS **CALBER**

y la conservará sana, limpia y fresquísima. Son los mejores.

ELIXIR, POLVOS (en envase especial) **y JABÓN DENTÍFRICO**

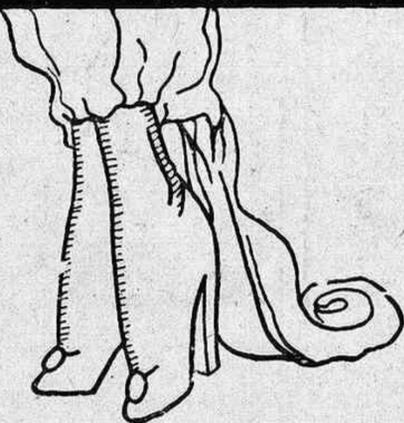


BALDRICH.920

Cuide su cutis con

CREMA CALBER (sólida)

Friccione su cuerpo con las



AGUAS DE COLONIA CALBER

PERFUMERÍA HIGIÉNICA CALBER

SAN SEBASTIAN

El papel en que se imprime esta ilustración está fabricado especialmente para "LA ESFERA" por

LA PAPELERA ESPAÑOLA

HERMOSURA DEL CUTIS



Eres, mujer, un fanal de transparente hermosura desde que usas crema, polvos, agua y jabón PECA-CURA.

Jabón, 1,50. — Crema, 2,40. — Polvos, 2,40. — Agua cutánea, 5,50. — Agua de Colonia, 3,50, 5,50, 9 y 15 pesetas, según frasco. — Lociones para el pelo, 4,50, 6,50 y 20 ptas., según frasco.

ÚLTIMAS CREACIONES

Productos Serie «Ideal»:

ACACIA, MIMOSA, GINETA, ROSA DE JERICO, ADMIRABLE, MATINAL, CHIPRE, ROCIO FLOR, ROSA, VERTIGO, CLAVEL, MUGUET, VIOLETA, JAZMIN

Jabón, 3. — Polvos, 4. — Loción, 4,50, 6,50 y 20. Esencia para el pañuelo, 18 pesetas frasco con estuche.

Cortés Hermanos, SARRIÁ (BARCELONA).

ANISADO EXQUISITO

“Las Cadenas de Navarra”

COSECHEROS Y EXPORTADORES DE VINOS:

Hijos de Pablo Esparza VILLADA (Navarra)



DELEGACIÓN DE

“PRENSA GRÁFICA”

EN PORTUGAL:

D. Alejo Carrera

Rúa Aúrea, 146, LISBOA

Rúa Santa Catarina, 53, OPORTO

Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, Paris.



De venta en todas las farmacias y droguerías.

Escopetas finas de precisión y caza

PARA TIRO DE PICHON



E I B A R. — Víctor Sarasqueta

Proveedor y fabricante de S. M. el Rey Don Alfonso XIII y de S. A. la Infanta Doña Isabel

CONSERVAS TREVIJANO

LOGROÑO

IMPRESA DE «PRENSA GRÁFICA», HERMOSILLA, 57, MADRID

¿Quiere usted aprender idiomas? Vaya á la

ESCUELA BERLITZ

ARENAL, 24

Nadie se los enseñará mejor



SE VENDEN los clichés usados en esta Revista. Dirigirse á esta Admón., Hermosilla, 57.

TINTAS LITOGRAFICAS Y TIPOGRAFICAS DE

Pedro Closas

ARTICULOS PARA LAS ARTES GRÁFICAS

Fábrica: Carretas, 63 al 73 BARCELONA
Despacho: Unión, 21

FÁBRICA DE CORBATAS

12, CAPELLANES, 13 Camisas, Guantes, Pañuelos, Géneros de punto. Elegancia, Surtido, Economía. PRECIO FIJO. Casa fundada en 1870.



POUR VOTRE TOILETTE, MADAME

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN DE TEXTO, DIBUJOS Y FOTOGRAFÍAS